

Liturgia de las Horas



Oficio de Tinieblas
para el Tríduo Pascual

NOTA PREVIA

EN ESTE SUPLEMENTO figuran los nuevos formularios aprobados por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos para el oficio de lectura del Triduo Pascual en forma de Vigilia prolongada¹. Hay que hacer notar que los textos para el tercer nocturno se han tomado de distintos libros litúrgicos de monasterios benedictinos españoles, ya que el proyecto aprobado por la congregación, al ser propio del rito romano no incorpora elementos de la tradición monástica. Se incorporan oraciones sálmicas tomadas del Tomo I de la Liturgia Monástica de las Horas, editado por ediciones Monte Casino, de las Benedictinas de Zamora.

¹ Vid. *Notitiæ*, Tomo XXIX (1993) pags. 91–168.

ABREVIATURAS Y SIGLAS

I. SAGRADA BIBLIA

ANTIGUO TESTAMENTO			
Génesis	Gn	Abdías	Ab
Éxodo	Ex	Jonás	Jon
Levítico	Lv	Miqueas	Mi
Números	Nm	Nahúm	Na
Deuteronomio	Dt	Habacuc	Ha
Josué	Jos	Sofonías	So
Jueces	Je	Ageo	Ag
Rut	Rt	Zacarías	Za
Samuel	1S, 2S	Malaquías	Ml
Reyes	1R, 2R		
Crónicas	1Cro, 2Cro	NUEVO TESTAMENTO	
Esdras	Esd	Mateo	Mt
Nehemías	Ne	Marcos	Mc
Tobías	Tb	Lucas	Lc
Judit	Jdt	Juan	Jn
Ester	Est	Hechos Apóstoles	Hch
Macabeos	1M, 2M	Romanos	Rm
Job	Jb	Corintios	1Co, 2Co
Salmos	Sal *	Gálatas	Ga
Proverbios	Pr	Efesios	Ef
Eclesiastés (Qohélet)	Qo	Filipenses	Flp
Cantar	Ct	Colosenses	Col
Sabiduría	Sb	Tesalonicenses	1Ts, 2Ts
Eclesiástico (Sirácida)	Si	Timoteo	1Tm, 2Tm
Isaías	Is	Tito	Tt
Jeremías	Jr	Filemón	Flm
Lamentaciones	Lm	Hebreos	Hb
Baruc	Ba	Epístola de Santiago	St
Ezequiel	Ez	Epístolas de Pedro	1P, 2P
Daniel	Dn	Epístolas de Juan	1Jn, 2Jn, 3Jn
Oseas	Os	Epístola de Judas	Judas
Joel	Jl	Apocalipsis	Ap
Amós	Am		

* Numeración de los Salmos

Existen dos numeraciones de los Salmos: una de la Biblia hebrea; otra, de la versión griega de la Biblia, llamada de los LXX, y de la traducción latina de la misma, hecha por San Jerónimo, llamada “Vulgata”. Las dos numeraciones coinciden sólo en los salmos: 1.2.3.4.5.6.7.8 y 148.149.150.

La Iglesia utiliza, en sus libros litúrgicos, la numeración de los LXX y de la “Vulgata”. Aunque las ediciones modernas de la Biblia numeran los salmos según el original hebreo, este libro sigue la numeración oficial de la Iglesia, es decir, la utilizada en los libros litúrgicos.

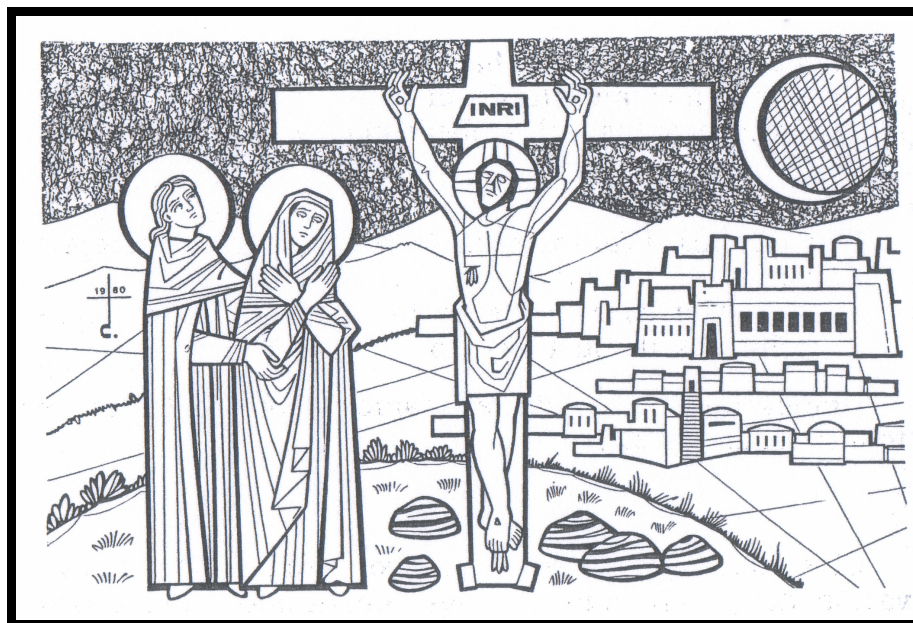
LIBROS DE LA BIBLIA POR ORDEN ALFABÉTICO

Ab	Abdías	Judas	Judas
Ag	Ageo	Lc	Lucas
Am	Amós	Lm	Lamentaciones
Ap	Apocalipsis	Lv	Levítico
Ba	Baruc	1M	1 Macabeos
1Co	1 Corintios	2M	2 Macabeos
2Co	2 Corintios	Mc	Marcos
Col	Colosenses	Ml	Miqueas
1Cro	1 Crónicas	Mt	Mateo
2Cro	2 Crónicas	Na	Nahum
Ct	Cantar de los cantares	Ne	Nehemías
Dn	Daniel	Nm	Números
Dt	Deuteronomio	Os	Oseas
Ef	Efesios	1P	1 Pedro
Esd	Esdras	2P	2 Pedro
Est	Ester	Pr	Proverbios
Ex	Éxodo	Qo	Eclesiastés (Qohelet)
Ez	Ezequiel	1R	1 Reyes
Flm	Filemón	2R	2 Reyes
Flp	Filipenses	Rm	Romanos
Ga	Gálatas	Rt	Rut
Ha	Habacuc	1S	1 Samuel
Hb	Hebreos	2S	2 Samuel
Hch	Hechos de los Apóstoles	Sal	Salmos
Is	Isaías	Sb	Sabiduría
Jb	Job	Si	Eclesiástico (Sirácida)
Jc	Jueces	So	Sofonías
Jdt	Judit	St	Santiago
Jl	Joel	Tb	Tobías
Jn	Juan	1Tm	1 Timoteo
1Jn	1 Juan	2Tm	2 Timoteo
2Jn	2 Juan	1Ts	1 Tesalonicenses
3Jn	3 Juan	2Ts	2 Tesalonicenses
Jon	Jonás	Tt	Tito
Jos	Josué	Za	Zacarías
Jr	Jeremías		

II. OBRAS PATRÍSTICAS Y ECLESIASTICAS

- AAS.** Acta Apostolicæ Sedis (Roma)
- AS.** Acta Sanctorum (Amberes-Bruselas)
- BAC.** Biblioteca de Autores Cristianos (Madrid)
- CCL.** Corpus Christianorum Latinorum (Brepols, Turnhout)
- CSCO.** Corpus Scriptorum Christianorum Orientalium (Lovaina)
- CSEL.** Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum (Viena)
- DS.** Denzinger-Schönmetzer, Enchiridion Symbolorum, Definitionum et Declarationum
- MGH.** Monumenta Germaniæ Historica (Hannover)
- OrchrA.** Orientalia Christiana Analecta (Roma)
- PG.** Migne, Patrologiæ græcæ cursus completus (París)
- PL / PLS.** Migne, Patrologiæ latinæ cursus completus y Supplementum (París)
- PO.** Patrologia Orientalium (París)
- PS.** Patrologia Syriaca (París)
- RB.** Regla de San Benito (Edición BAC, Madrid)
- SC.** Sources Chretiennes (Le Cerf, Paris)

VIERNES SANTO DE LA MUERTE DEL SEÑOR



INVITATORIO

℣. Señor, ábreme los labios.

℟. Y mi boca proclamará tu alabanza.

Ant.: A Cristo, Hijo de Dios, que nos redimió
con su sangre preciosa, venid adorémosle.

Salmo 94

Invitación a la alabanza divina

Animaos los unos a los otros,
día tras día, mientras dure este «hoy»
(Hb 3, 13)

Venid, aclamemos al Señor,
demos vítores a la Roca que nos salva;
entremos a su presencia dándole gracias,
aclamándolo con cantos.

Se repite la antífona.

Porque el Señor es un Dios grande,
soberano de todos los dioses:
tiene en su mano las simas de la tierra,
son suyas las cumbres de los montes;
suyo es el mar, porque él lo hizo,
la tierra firme que modelaron sus manos.

Se repite la antífona.

Entrad, postrémonos por tierra,
bendiciendo al Señor, creador nuestro.
Porque él es nuestro Dios,
y nosotros su pueblo,
el rebaño que él guía.

Se repite la antífona.

Ojalá escuchéis hoy su voz:
«No endurezcáis el corazón como en Meribá,
como el día de Masá en el desierto;
cuando vuestros padres me pusieron a prueba
y me tentaron, aunque habían visto mis obras.

Se repite la antífona.

Durante cuarenta años
aquella generación me asqueó, y dije:
«“Es un pueblo de corazón extraviado,
que no reconoce mi camino;
por eso he jurado en mi cólera
que no entrarán en mi descanso”».

Se repite la antífona.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Se repite la antífona.



HIMNO

Cantemos la nobleza de esta guerra,
el triunfo de la sangre y del madero;
y un Redentor, que en trance de Cordero,
sacrificado en cruz, salvó la tierra.

Dolido mi Señor por el fracaso
de Adán, que mordió muerte en la manzana,
otro árbol señaló, de flor humana,
que reparase el daño paso a paso.

Y así dijo el Señor: “¡Vuelva la Vida,
y que el Amor redima la condena!”
La gracia está en el fondo de la pena,
y la salud naciendo de la herida.

¡Oh plenitud del tiempo consumado!
Del seno de Dios Padre en que vivía,
ved la Palabra entrando por María
en el misterio mismo del pecado.

¿Quién vio en más estrechez gloria más plena,
y a Dios como el menor de los humanos?
Llorando en el pesebre, pies y manos
le faja una doncella nazarena.

En plenitud de vida y de sendero,
dio el paso hacia la muerte porque él quiso.
Mirad de par en par el paraíso
abierto por la fuerza de un Cordero.

Al Dios de los designios de la historia,
que es Padre, Hijo y Espíritu, alabanza;
al que en la cruz devuelve la esperanza
de toda salvación, honor y gloria. Amén.

I NOCTURNO

Ant. 1: Se alían los reyes de la tierra, los príncipes conspiran contra
el Señor y contra su Mesías.

Salmo 2

El Mesías, rey victorioso

Se aliaron contra tu santo servidor Jesús, a
quién tu has ungido (Hch 4, 27)

Por qué se amotinan las naciones,
y los pueblos planean un fracaso?

Se alían los reyes de la tierra,
los príncipes conspiran contra el Señor y contra su Mesías:
Rompamos sus coyundas, sacudamos su yugo.

El que habita en el cielo sonrío,
el Señor se burla de ellos.

Luego les habla con ira,
los espanta con su cólera:

Yo mismo he establecido a mi rey
en Sión, mi monte santo.

Voy a proclamar el decreto del Señor; él me ha dicho:
Tú eres mi Hijo: yo te he engendrado hoy.

Pídemelo: te daré en herencia las naciones,
en posesión los confines de la tierra.

Los gobernarás con cetro de hierro,
los quebrarás como jarro de loza.

Y ahora, reyes, sed sensatos,
escarmentad, los que regís la tierra:

servid al Señor con temor,
rendidle homenaje temblando;

no sea que se irrite, y vayáis a la ruina,
porque se inflama de pronto su ira.
Dichosos los que se refugian en él!

ORACIÓN SÁLMICA

Señor Dios, que has engendrado a tu Hijo único, y le has consagrado rey en Sión, tu Iglesia santa, dándole la victoria sobre sus enemigos: concédenos conocerle y servirle fielmente, para que escapemos de la ira venidera y podamos tener parte en su reino, por los siglos de los siglos. Amén.

O bien

Señor Dios, que has dado los pueblos en heredad a tu unigénito, constituyéndolo Rey sobre el monte santo de tu Iglesia: concédenos servirlo en tu Espíritu, con aquel amor perfecto que supera todo temor. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Ant. 1: Se alían los reyes de la tierra, los príncipes conspiran contra el Señor y contra su Mesías.

Ant. 2: Se reparten mi ropa, echan a suerte mi túnica.

Salmo 21

El siervo de Dios sufriente ora, y Dios le responde

A media tarde, Jesús gritó:
“Eli, Eli, lamá sabaktani” (Mt 27, 46)

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?;
a pesar de mis gritos, mi oración no te alcanza.

Dios mío, de día te grito, y no respondes;
de noche, y no me haces caso;
aunque tú habitas en el santuario, esperanza de Israel.

En ti confiaban nuestros padres;
confiaban, y los ponías a salvo;

a ti gritaban, y quedaban libres;
en ti confiaban, y no los defraudaste.

Pero yo soy un gusano, no un hombre,
vergüenza de la gente, desprecio del pueblo;

al verme, se burlan de mí,
hacen visajes, menean la cabeza:

«Acudió al Señor, que lo ponga a salvo;
que lo libre, si tanto lo quiere».

Tú eres quien me sacó del vientre,
me tenías confiado en los pechos de mi madre;

desde el seno pasé a tus manos,
desde el vientre materno tú eres mi Dios.

No te quedes lejos, que el peligro está cerca
y nadie me socorre.

Me acorrala un tropel de novillos,
me cercan toros de Basán;

abren contra mí las fauces
leones que descuartizan y rugen.

Estoy como agua derramada,
tengo los huesos descoyuntados;

mi corazón, como cera,
se derrite en mis entrañas;

mi garganta está seca como una teja,
la lengua se me pega al paladar;
me aprietas contra el polvo de la muerte.

Me acorrala una jauría de mastines,
me cerca una banda de malhechores;

me taladran las manos y los pies,
puedo contar mis huesos.

Ellos me miran triunfantes,
se reparten mi ropa,
echan a suerte mi túnica.

Pero tú, Señor, no te quedes lejos;
fuerza mía, ven corriendo a ayudarme.

Líbrame a mí de la espada,
y a mi única vida de la garra del mastín;

sálvame de las fauces del león;
a este pobre, de los cuernos del búfalo.

Contaré tu fama a mis hermanos,
en medio de la asamblea te alabaré.

Fieles del Señor, alabadlo;
linaje de Jacob, glorificadlo;
temedlo, linaje de Israel.

Porque no ha sentido desprecio ni repugnancia
hacia el pobre desgraciado;

no le ha escondido su rostro:
cuando pidió auxilio, lo escuchó.

El es mi alabanza en la gran asamblea,
cumpliré mis votos delante de sus fieles.

Los desvalidos comerán hasta saciarse,
alabarán al Señor los que lo buscan:
viva su corazón por siempre.

Lo recordarán y volverán al Señor hasta de los confines del orbe;
en su presencia se postrarán las familias de los pueblos.

Porque del Señor es el reino,
él gobierna a los pueblos.

Ante él se postrarán las cenizas de la tumba,
ante él se inclinarán los que bajan al polvo.

Me hará vivir para él, mi descendencia le servirá,
hablarán del Señor a la generación futura,

contarán su justicia al pueblo que ha de nacer:
todo lo que hizo el Señor.

ORACIÓN SÁLMICA

Dios de santidad, que por los sufrimientos de tu propio Hijo, entregado a los verdugos y colgado de la cruz como abandonado del Padre, has hecho morir la muerte y nacer la vida: concédenos reconocer en su pasión, muerte y resurrección la salvación de los pobres y la libertad de las naciones, para que a la acción de gracias de Cristo, vivo entre los suyos, responda el aleluya de la Iglesia por los siglos de los siglos. Amén.

O bien

Señor Jesús, que en la angustia del supremo abandono engendraste el nuevo pueblo del Padre; réunelo desde todos los confines de la tierra, para que, unánime, cante eternamente tu gloriosa resurrección. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. 2: Se reparten mi ropa, echan a suerte mi túnica.

Ant. 3: Me tienden lazos los que atentan contra mí.

Salmo 26

Confianza ante el peligro

Ésta es la morada de Dios con los hombres. (Ap 21, 3)

El Señor es mi luz y mi salvación,
¿a quién temeré?

El Señor es la defensa de mi vida,
¿quién me hará temblar?

Cuando me asaltan los malvados
para devorar mi carne,
ellos, enemigos y adversarios, tropiezan y caen.

Si un ejército acampa contra mí,
mi corazón no tiembla;

si me declaran la guerra,
me siento tranquilo.

Una cosa pido al Señor, eso buscaré:
habitar en la casa del Señor
por los días de mi vida;

gozar de la dulzura del Señor,
contemplando su templo.

Él me protegerá en su tienda el día del peligro;
me esconderá en lo escondido de su morada,
me alzaré sobre la roca;

y así levantaré la cabeza
sobre el enemigo que me cerca;

en su tienda sacrificaré sacrificios de aclamación:
cantaré y tocaré para el Señor.

Escúchame, Señor, que te llamo;
ten piedad, respóndeme.
Oigo en mi corazón: «Buscad mi rostro».

Tu rostro buscaré, Señor,
no me escondas tu rostro.

No rechaces con ira a tu siervo,
que tú eres mi auxilio;

no me deseches, no me abandones,
Dios de mi salvación.

Si mi padre y mi madre me abandonan,
el Señor me recogerá.

Señor, enséñame tu camino,
guíame por la senda llana,
porque tengo enemigos.

No me entregues a la saña de mi adversario,
porque se levantan contra mí testigos falsos,
que respiran violencia.

Espero gozar de la dicha del Señor
en el país de la vida.

Espera en el Señor, sé valiente,
ten ánimo, espera en el Señor.

ORACIÓN SÁLMICA

Señor, luz y salvación nuestra, que te has dignado plantar tu tienda en la humildad de nuestra carne: acrecienta en nosotros el deseo de morar en tu casa por los días de nuestra vida, ya que sólo en tu tienda nos proteges el día del peligro, y así gozaremos de tu dicha en el país de la vida por los siglos de los siglos. Amén.

O bien

Señor, luz y salvación de nuestras almas: reanima en nosotros la confianza en tu amor y danos la fuerza de creer y esperar hasta el día en que podamos contemplar tu rostro en el país de la vida por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. 3: Me tienden lazos los que atentan contra mí.

VERSÍCULO ANTES DE LA LECTURA

℣. Se repartirán mi ropa.

℟. Y sortearán mi túnica.

PRIMERA LECTURA

De la carta a los Hebreos

9, 11-28

Cristo, mediador de una alianza nueva por su sangre

Hermanos: Cristo ha venido como sumo sacerdote de los bienes definitivos. Su tabernáculo es más grande y más perfecto: no hecho por manos de hombre, es decir, no de este mundo creado. No usa sangre de machos cabríos ni de becerros, sino la suya propia; y así ha entrado en el santuario una vez para siempre, consiguiendo la liberación eterna.

Si la sangre de machos cabríos y de toros y el rociar con las cenizas de una becerro tienen el poder de consagrar a los profanos,

devolviéndoles la pureza externa, cuánto más la sangre de Cristo, que, en virtud del Espíritu eterno, se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha, podrá purificar nuestra conciencia de las obras muertas, llevándonos al culto del Dios vivo.

Por esa razón, es mediador de una alianza nueva: en ella ha habido una muerte que ha redimido de los pecados cometidos durante la primera alianza; y así los llamados pueden recibir la promesa de la herencia eterna.

Mirad, para disponer de una herencia, es preciso que conste de la muerte del testador; pues un testamento adquiere validez en caso de defunción; mientras vive el testador, todavía no tiene vigencia. De ahí que tampoco faltase sangre en la inauguración de la primera alianza. Cuando Moisés acabó de leer al pueblo todas las prescripciones contenidas en la ley, cogió la sangre de los becerros y las cabras, además de agua, lana escarlata e hisopo, y roció primero el libro mismo y después al pueblo entero, diciendo: «Esta es la sangre de la alianza que hace Dios con vosotros.» Con la sangre roció, además, el tabernáculo y todos los utensilios litúrgicos. Según la ley, prácticamente todo se purifica con sangre, y sin derramamiento de sangre no hay perdón. Bueno, estos esbozos de las realidades celestes tenían que purificarse por fuerza con tales ritos, pero las realidades mismas celestes necesitan sacrificios de más valor que éstos.

Pues Cristo ha entrado no en un santuario construido por hombres —imagen del auténtico—, sino en el mismo cielo, para ponerse ante Dios, intercediendo por nosotros. Tampoco se ofrece a sí mismo muchas veces —como el sumo sacerdote, que entraba en el santuario todos los años y ofrecía sangre ajena; si hubiese sido así, tendría que haber padecido muchas veces, desde el principio del mundo—. De hecho, él se ha manifestado una sola vez, al final de la historia, para destruir el pecado con el sacrificio de sí mismo. Por cuanto el destino de los hombres es morir una sola vez. Y después de la muerte, el juicio. De la misma manera, Cristo se ha ofrecido una sola vez para quitar los pecados de todos. La segunda vez aparecerá, sin ninguna relación al pecado, a los que lo esperan, para salvarlos.

RESPONSORIO

Años impares

R. Se dijeron los hombres impíos: «Atropelemos injustamente al justo, nos lo tragaremos vivo, como el abismo; borremos de la tierra su recuerdo y sorteémonos sus despojos»; estos homicidas acumularon males contra ellos mismos. * Los insensatos y malvados aborrecen la sabiduría y se hacen culpables por sus razonamientos.

V. Así discurren, y se engañan, porque los ciega su maldad. * Los insensatos.

Años pares

cf. Is 53, 2. 4. 5

R. Lo vimos sin figura, sin belleza, no tenía aspecto atractivo. Él cargo con nuestros pecados y sufrió por nosotros; él fue traspasado por nuestras rebeliones; * Sus cicatrices nos curaron.

V. Él soportó nuestros sufrimientos y cargó con nuestras enfermedades. * Sus cicatrices.

II NOCTURNO

Ant. 1: Se levantan contra mí testigos falsos que respiran violencia.

Salmo 37

Súplica de un pecador en peligro de muerte

Todos sus amigos permanecían
a distancia (Lc 23, 49)

Señor, no me corrijas con ira,
no me castigues con cólera:

tus flechas se me han clavado,
tu mano pesa sobre mí;
no hay parte ilesa en mi carne,

a causa de tu furor;
no tienen descanso mis huesos, a causa de mis pecados;

mis culpas sobrepasan mi cabeza,
son un peso superior a mis fuerzas;

mis llagas están podridas y supuran,
por causa de mi insensatez;

voy encorvado y encogido
todo el día camino sombrío,

tengo las espaldas ardiendo,
no hay parte ilesa en mi carne;

estoy agotado, deshecho del todo,
rujo con más fuerza que un león.

Señor mío, todas mis ansias están en tu presencia,
no se te ocultan mis gemidos;
siento palpar mi corazón,

me abandonan las fuerzas,
y me falta hasta la luz de los ojos.

Mis amigos y compañeros se alejan de mí,
mis parientes se quedan a distancia;
me tienden lazos los que atentan contra mí,

los que desean mi daño me amenazan de muerte,
todo el día murmuran traiciones.
Pero yo, como un sordo, no oigo,

como un mudo, no abro la boca;
soy como uno que no oye y no puede replicar.

En ti, Señor, espero,
y tú me escucharás, Señor, Dios mío;

esto pido: que no se alegren por mi causa,
que cuando resbale mi pie, no canten triunfo.

Porque yo estoy a punto de caer,
y mi pena no se aparta de mí.

Yo confieso mi culpa,
me aflige mi pecado.

Mis enemigos mortales son poderosos,
son muchos los que me aborrecen sin razón,

los que me pagan males por bienes,
los que me atacan cuando procuro el bien.

No me abandones, Señor,
Dios mío, no te quedes lejos;

ven aprisa a socorrerme,
Señor mío, mi salvación.

ORACIÓN SÁLMICA

Señor, tú no abandonaste a tu Ungido, roto en su carne y despreciado en su amor: concede a tus hijos, abrumados por el peso de sus sufrimientos y destrozados por la locura de sus pecados, esperar tu ayuda y creer en tu inmenso perdón. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

O bien

Confesamos nuestras culpas, Señor, nosotros que estamos a punto de caer y no hay parte ilesa en nuestra carne: que no se te oculten nuestros gemidos, y nuestras ansias estén siempre en tu presencia, pues de ti esperamos misericordia y perdón. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Ant. 1: Se levantan contra mí testigos falsos que respiran violencia.

Ant. 2: Sufran una derrota ignominiosa los que me persiguen a muerte.

Salmo 39

Acción de gracias y petición de auxilio

Tú no quieres sacrificios ni ofrendas,
pero me has preparado un cuerpo
(Hb 10, 5)

Yo esperaba con ansia al Señor;
él se inclinó y escuchó mi grito:

me levantó de la fosa fatal,
de la charca fangosa;

afianzó mis pies sobre roca,
y aseguró mis pasos;

me puso en la boca un cántico nuevo,
un himno a nuestro Dios.

Muchos, al verlo, quedaron sobrecogidos
y confiaron en el Señor.

Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor,
y no acude a los idólatras, que se extravían con engaños.

Cuántas maravillas has hecho, Señor Dios mío,
cuántos planes en favor nuestro;
nadie se te puede comparar.

Intento proclamarlas, decirlas,
pero superan todo número.

Tú no quieres sacrificios ni ofrendas,
y, en cambio, me abriste el oído;

no pides sacrificio expiatorio,
entonces yo digo:
«Aquí estoy, —como está escrito en mi libro—
para hacer tu voluntad».

Dios mío, lo quiero,
y llevo tu ley en las entrañas.

He proclamado tu salvación ante la gran asamblea;
no he cerrado los labios: Señor, tú lo sabes.

No me he guardado en el pecho tu defensa,
he contado tu fidelidad y tu salvación,

no he negado tu misericordia y tu lealtad
ante la gran asamblea.

Tú, Señor, no me cierres tus entrañas,
que tu misericordia y tu lealtad me guarden siempre,

porque me cercan desgracias sin cuento,
se me echan encima mis culpas, y no puedo huir;

son más que los pelos de mi cabeza,
y me falta el valor.

Señor, dignate librarme;
Señor, date prisa en socorrerme;

sufran una derrota ignominiosa
los que me persiguen a muerte;

vuelvan la espalda afrentados
los que traman mi daño;

queden mudos de vergüenza
los que se ríen de mí.

Alégrense y gocen contigo, todos los que te buscan;
digan siempre: «Grande es el Señor»
los que desean tu salvación.

Yo soy pobre y desgraciado,
pero el Señor se cuida de mí;

tú eres mi auxilio y mi liberación:
Dios mío, no tardes.

ORACIÓN SÁLMICA

Señor Jesús, única esperanza del creyente: tu venida nos ha sido anunciada al comienzo del Libro: escribe tu ley en nuestros corazones para que, proclamando tus justos designios, nos veamos

libres de los peligros que nos acechan. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

O bien

Somos, Señor Jesús, pobres y desobedientes: tu alimento fue cumplir la voluntad del Padre hasta el sacrificio, levantándonos así de la charca fangosa; abre nuestros oídos para escuchar dócilmente tu voluntad, y nuestros corazones para poder llevarla a cabo con diligencia. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. 2: Sufran una derrota ignominiosa los que me persiguen a muerte.

Ant. 3: Unos insolentes se alzan contra mí y hombres violentos me persiguen a muerte.

Salmo 53

Petición de auxilio

El profeta pide verse libre de sus enemigos por el nombre del Señor (Casiodoro)

Oh Dios, sálvame por tu nombre,
sal por mí con tu poder.

Oh Dios, escucha mi súplica,
atiende a mis palabras;

porque unos insolentes se alzan contra mí,
y hombres violentos me persiguen a muerte
sin tener presente a Dios.

Pero Dios es mi auxilio,
el Señor sostiene mi vida.

Devuelve tú su maldad a mis contrarios
y destrúyelos, por tu lealtad.

Te ofreceré un sacrificio voluntario,
dando gracias a tu nombre, que es bueno;

porque me libraste del peligro,
y he visto la derrota de mis enemigos.

ORACIÓN SÁLMICA

Señor, tú quieres dar a tus fieles la gloria que diste a tu siervo Jesús: ayuda a tu Iglesia y, guárdala de todo mal, para que, libres de toda angustia, anunciemos tu nombre a todos los hombres. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

O bien

Salva a tu Iglesia, Señor, pues confía en la protección de tu nombre: y que, vencidos sus enemigos, te glorifique y te dé gracias de todo corazón. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Ant. 3: Unos insolentes se alzan contra mí y hombres violentos me persiguen a muerte.

VERSÍCULO ANTES DE LA LECTURA

℣. Se levantan contra mí testigos falsos.

℟. Hombres que respiran violencia.

SEGUNDA LECTURA

Años impares

*De la exposición de san Ambrosio, obispo,
sobre el evangelio de san Lucas
(Libro 10, 56. 59-62: CCL 14, 330-331)*

Asumió mi tristeza para comunicarme su alegría

Por mí sufrió la aflicción aquel que por sí mismo no tenía de que afligirse y, privándose de la felicidad propia de la divinidad eterna, experimenta el tedio propio de mi debilidad. Asumió mi tristeza para comunicarme su alegría y, siguiendo nuestros pasos, bajó hasta la pesadumbre de la muerte, para volvernos a llamar a la vida, siguiendo nosotros los suyos.

Me atrevo a hablar de tristeza, porque me refiero a la cruz, ya que no tomó una mera apariencia humana, sino que se encarnó realmente. Por tanto, tuvo que asumir también el sufrimiento, con el fin de superar la tristeza, no de suprimirla. No merecen ser alabados por su fortaleza los que son insensibles al dolor, sino los que lo toleran. *Como un hombre de dolores*, dice la Escritura, *acostumbrado a sufrimientos*.

Luego dice: *Aparta de mí ese cáliz*; en cuanto hombre rehuye la muerte, en cuanto Dios mantiene su designio; nosotros, en efecto, hemos de morir al mundo a fin de resucitar para Dios; así queda abolida la ley de la maldición, infligida por la justicia divina, según la cual nuestra naturaleza estaba destinada a volver al lodo de la tierra.

Por lo que se refiere a aquellas palabras: *No se haga mi voluntad, sino la tuya*, hay que referirlas a la voluntad humana de Cristo y a la voluntad divina del Padre, ya que la voluntad humana es temporal, la divina, en cambio, es eterna. No es que el Padre tenga una voluntad y el Hijo otra, puesto que hay una sola voluntad donde hay una misma divinidad. Aprende aquí a someterte a Dios, escogiendo, no lo que tú quieres, sino lo que sabes que ha de agradar a Dios.

Consideremos, finalmente, el sentido propio de las palabras: *Mi alma*, dice, *está triste*. Y, en otro lugar: *Ahora mi alma está agitada*. Lo que se agita no es el que ha asumido una alma humana, sino el alma humana asumida, porque está sujeta a las pasiones, mientras que la divinidad está libre de ellas. Finalmente añade: *El espíritu es decidido, pero la carne es débil*.

No está triste *él*, sino su alma. No está triste la sabiduría, la naturaleza divina, sino el alma. Tomó realmente mi cuerpo; no me engañó de manera que fuese algo distinto de lo que parecía. Parecía triste y lo estaba de verdad, no por su pasión, sino por nuestra dispersión. Dice: *Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas del rebaño*. Estaba triste porque nos dejaba indefensos. Por lo demás, la Escritura muestra la fortaleza con que se ofreció a la muerte, puesto que salió al encuentro de quienes lo buscaban, confortó a los atemorizados, animó a los turbados, se dignó recibir al traidor con un beso.

Y no es menos verdad que estaba triste por sus perseguidores, ya que sabía que sufrirían castigo por aquel monstruoso sacrilegio. Por eso dijo: *Aparta de mí ese cáliz*; no porque el Hijo de Dios temiera la

muerte, sino porque no quería que se perdieran ni los malos. Finalmente dice: *Señor, no les tengas en cuenta este pecado*, para que su pasión fuera causa de salvación para todos.

RESPONSORIO

Is 53, 7. 8

R. Así es como muere el justo, y no hay quien haga caso; los hombres justos son arrebatados, y no hay quien comprenda que por maldad se llevan al inocente, * Será recordado en paz.

V. Como cordero ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca; sin defensa, sin justicia, se lo llevaron. * Será recordado.

Años pares

De los sermones de san León Magno, papa
(Sermón 59, 4-7: CCL 138A, 354-359)

¡Oh admirable poder de la cruz!
¡Oh inefable gloria de la pasión!

Jesús, el Señor, es entregado al arbitrio de aquellos hombres enfurecidos, y en burla de su regia dignidad lo obligan a cargar con el instrumento de suplicio, porque sería digno de este oprobio aquel cuya gloria se convertiría en ignominia.

Esto, a los ojos de los impíos, era un gran escarnio, más para los fieles era la revelación de un gran misterio, ya que este gloriosísimo vencedor del diablo y poderosísimo subyugador de las fuerzas adversas llevaba bellamente el trofeo de su victoria, y .en sus hombros, de una paciencia insuperable, ofrecía a la adoración de todos los reinos el signo de salvación, como queriendo, con su mismo ejemplo, confortar a todos sus imitadores, diciéndoles: *El que no toma su cruz, y me sigue detrás no es digno de mí.*

Como dice el Apóstol, *nuestro cordero pascual, Cristo, ha sido inmolado*; él, al ofrecerse a sí mismo al Padre como nuevo y verdadero sacrificio de reconciliación, fue crucificado, no en el templo, que había perdido ya su dignidad, ni dentro del recinto de la ciudad, que iba a ser demolida en castigo de su crimen, sino *fuera del campamento*; de este modo quedó abolido el misterio de los

sacrificios antiguos, y una nueva víctima fue puesta sobre un nuevo altar, y la cruz de Cristo fue ara, no del templo, sino del mundo.

Al contemplar, pues, amadísimos, a Cristo levantado en la cruz, no lo miremos con la misma perspectiva con que lo veían los ojos de los impíos, a los cuales dijo Moisés: *Tu vida estará ante ti como pendiente de un hilo, tendrás miedo de noche y de día, y ni de tu vida te sentirás seguro.* Ellos, en efecto, no podían considerar en el Señor crucificado más que su propia acción perversa, y temían, no con aquel temor con que justifica la fe verdadera, sino con aquel que atormenta a la mala conciencia. Hagamos que nuestra inteligencia, iluminada por el Espíritu de la verdad, reconozca un corazón puro y libre de gloria de la cruz, que resplandece en cielo y tierra, y que con la mirada interior comprenda el sentido de aquello que dijo el Señor, refiriéndose a su pasión inminente: *Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre.* Y más adelante: *Padre, glorifica a tu Hijo;* vino entonces una voz del cielo que decía: *Lo he glorificado y de nuevo lo glorificaré., y Jesús dijo a los que estaban presentes: No ha venido esta voz por mí, sino por vosotros. Ahora es el juicio de este mundo., ahora el Príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré todas las cosas hacia mí.*

¡Oh admirable poder de la cruz! ¡Oh inefable gloria de la pasión! En ella está el tribunal del Señor, el juicio del mundo y el poder del crucificado. Atrajiste hacia ti, Señor, todas las cosas y, al extender todo el día tus manos hacia un pueblo incrédulo y rebelde, todo el mundo aprendió a proclamar tu majestad.

Atrajiste hacia ti, Señor, todas las cosas, porque, al rasgarse el velo del templo, el santo de los santos se convirtió de figura en realidad, de profecía en manifestación, de ley en evangelio. Atrajiste hacia ti, Señor, todas las cosas, pues el culto bajo sombras y figuras que se realizaba en el único templo judío lo celebran ahora todas las naciones por doquier con un sacramento pleno y manifiesto.

Ahora, efectivamente, habiendo cesado la variedad de sacrificios carnales, la única oblación de tu cuerpo y sangre incluye toda la diversidad de víctimas, porque tú eres el verdadero *Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, y*, de este modo, llevas en ti a su plenitud todos los misterios, para que, así como hay un solo sacrificio que substituye a todas las víctimas, así también haya un solo reino formado por todos los pueblos.

RESPONSORIO

cf. Mt 27, 45. 46; Jn 19, 30; Lc 23, 46

R. Cuando los judíos crucificaron a Jesús, vinieron tinieblas y, a media tarde, Jesús gritó: «Dios mío, ¿por que me has abandonado?»

*** E,** inclinando la cabeza, entregó el espíritu.

V. Jesús, clamando con voz potente, dijo: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu.» *** E,** inclinando la cabeza.

III NOCTURNO

Ant.: ¡Oh vosotros, / todos los que pasáis por el camino!

Mirad y ved si hay dolor semejante a mi dolor.

Cántico I

Lm 2, 13-19

¿Quién se te iguala, quien se te asemeja,
ciudad de Jerusalén?

¿A quién te compararé, para consolarte,
Sión, la doncella?

Inmensa como el mar es tu desgracia:
¿quién podrá curarte?

Tus profetas te ofrecían visiones
falsas y engañosas;
y no te denunciaban tus culpas
para cambiar tu suerte,
sino que te anunciaban visiones
falsas y seductoras.

Los que van por el camino
se frotan las manos al verte,
silban y menean la cabeza
contra la ciudad de Jerusalén:
«¿Es ésta la ciudad más hermosa,
la alegría de toda la tierra?»

Se burlaron a carcajadas de ti
todos tus enemigos,
silbaron y rechinaron los dientes,
diciendo: «La hemos arrasado;
éste es el día que esperábamos;
lo hemos conseguido y lo estamos viendo.»

El Señor ha realizado su designio,
ha cumplido la palabra
que había pronunciado hace tiempo:
ha destruido sin compasión;
ha exaltado el poder del adversario,
ha dado al enemigo el gozo de la victoria.

Grita con toda el alma al Señor,
láméntate, Sión;
derrama torrentes de lágrimas,
de día y de noche;
no te concedas reposo,
no descansen tus ojos.

Levántate y grita de noche,
al relevo de la guardia;
derrama como agua tu corazón
en presencia del Señor;
levanta hacia él las manos
por la vida de tus niños,
desfallecidos de hambre en las encrucijadas.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Cántico II

Lm 3, 1-12

Yo soy un hombre que ha probado el dolor
bajo la vara de su cólera,
porque me ha llevado y conducido
a las tinieblas y no a la luz;
esta volviendo su mano todo el día
contra mí.

Me ha consumido la piel y la carne
y me ha roto los huesos;
en torno mío ha levantado un cerco
de veneno y amargura.

Me ha confinado en las tinieblas,
como a los muertos de antaño.
Me ha tapiado sin salida,
cargándose de cadenas;

por más que grito: «Socorro»,
se hace sordo a mi súplica;
me ha cerrado el paso con sillares,
y ha retorcido mis sendas.

Me está acechando como un oso
o como un león escondido;
me ha cerrado el camino para despedazarme
y me ha dejado inerte;
tensa el arco y me hace blanco de sus flechas.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Cántico III

Lm 3, 13-24

Me ha clavado en las entrañas las flechas de su aljaba;
la gente se burla de mí,
me saca coplas todo el día;
me ha saciado de hieles,
abrevándome con ajeno.

Mis dientes rechinan mordiendo guijas,
y me revuelco en el polvo;
me han arrancado la paz,
y ni me acuerdo de la dicha;
me digo: «Se me acabaron las fuerzas
y mi esperanza en el Señor.»

Fíjate en mi aflicción y en mi amargura,
en la hiel que me envenena;
no hago más que pensar en ello,
y estoy abatido.

Pero hay algo que traigo a la memoria
y me da esperanza:
que la misericordia del Señor no termina
y no se acaba su compasión;
antes bien, se renuevan cada mañana:
¡qué grande es tu fidelidad!
El Señor es mi lote,
me digo, y espero en él.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant.: ¡Oh vosotros, todos los que pasáis por el camino!
Mirad y ved si hay dolor semejante a mi dolor.

℣. Espero compasión, y no la hay

℟. Consoladores, y no los encuentro.

EVANGELIO

Se proclama el evangelio de la Pasión del Señor según uno de los evangelistas que no sea el que se ha leído en el mismo año el Domingo de Ramos.

✠ Pasión de nuestro Señor Jesucristo

según san Mateo

27, 1-2. 11-56

Al hacerse de día, todos los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo se reunieron para preparar la condena a muerte de Jesús, Y, atándolo, lo llevaron y entregaron a Pilato, el gobernador. Jesús fue llevado ante el gobernador, y el gobernador le preguntó:

—¿Eres tu el rey de los judíos?

Jesús respondió:

—Tú lo dices.

Y mientras lo acusaban los sumos sacerdotes y los senadores no contestaba nada. Entonces Pilato le preguntó:

—¿No oyes cuántos cargos presentan contra ti?

Como no contestaba a ninguna pregunta, el gobernador estaba muy extrañado. Por la fiesta, el gobernador solía soltar un preso, el que la gente quisiera. Tenía entonces un preso famoso, llamado Barrabás. Cuando la gente acudió, dijo Pilato:

—¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús, a quien llaman el Mesías?

Pues sabía que se lo habían entregado por envidia. Y mientras estaba sentado en el tribunal, su mujer le mandó a decir:

—No te metas con ese justo porque esta noche he sufrido mucho soñando con él.

Pero los sumos sacerdotes y los senadores convencieron a la gente que pidieran el indulto de Barrabás y la muerte de Jesús.

El gobernador preguntó:

—¿A cuál de los dos queréis que os suelte?

Ellos dijeron:

- A Barrabás.
- Pilato les preguntó:
- ¿Y qué hago con Jesús, llamado el Mesías?
- Contestaron todos:
- Que lo crucifiquen.
- Pilato insistió:
- Pues, ¿qué mal ha hecho?
- Pero ellos gritaban más fuerte:
- ¡Que lo crucifiquen!

Al ver Pilato que todo era inútil y que, al contrario, se estaba formando un tumulto, tomó agua y se lavó las manos en presencia del pueblo, diciendo:

- Soy inocente de esta sangre. ¡Allá vosotros!

Y el pueblo entero contestó:

- ¡Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!

Entonces les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran.

Los soldados del gobernador se llevaron a Jesús al pretorio y reunieron alrededor de él a toda la compañía: lo desnudaron y le pusieron un manto de color púrpura y trenzando una corona de espinas se la ciñeron a la cabeza y le pusieron una caña en la mano derecha. Y, doblando ante él la rodilla, se burlaban de él diciendo:

- ¡Salve, rey de los judíos!

Luego lo escupían, le quitaban la caña y le golpeaban con ella la cabeza. Y terminada la burla, le quitaron el manto, le pusieron su ropa y lo llevaron a crucificar.

Al salir, encontraron a un hombre de Cirene, llamado Simón, y lo forzaron a que llevara la cruz.

Cuando llegaron al lugar llamado Gólgota (que quiere decir: “La Calavera”), le dieron a beber vino mezclado con hiel; él lo probó, pero no quiso beberlo. Después de crucificarlo, se repartieron su ropa echándola a suertes y luego se sentaron a custodiarlo. Encima de la cabeza colocaron un letrero con la acusación: ESTE ES JESÚS, EL REY DE LOS JUDÍOS. Crucificaron con él a dos bandidos, uno a la derecha y otro a la izquierda. Los que pasaban, lo injuriaban y decían meneando la cabeza:

- Tú que destruías el templo y lo reconstruías en tres días, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, baja de la cruz.

Los sumos sacerdotes con los letrados y los senadores se burlaban también diciendo:

- A otros ha salvado y él no se puede salvar. ¿No es el Rey de Israel? Que baje ahora de la cruz y le creeremos. ¿No ha confiado en

Dios? Si tanto lo quiere Dios, que lo libre ahora. ¿No decía que era Hijo de Dios?

Hasta los bandidos que estaban crucificados con él lo insultaban.

Desde el mediodía hasta la media tarde vinieron tinieblas sobre toda aquella región. A media tarde, Jesús gritó:

—Elí, Elí, lamá sabaktaní.

(Es decir: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?).

Al oírlo algunos de los que estaban por allí dijeron:

—A Elías llama éste.

Uno de ellos fue corriendo; en seguida cogió una esponja empapada en vinagre y, sujetándola en una caña, le dio de beber.

Los demás decían:

—Déjalo, a ver si viene Elías a salvarlo.

Jesús dio otro grito fuerte y exhaló el espíritu.

Entonces el velo del templo se rasgó en dos de arriba abajo; la tierra tembló, las rocas se rajaron, las tumbas se abrieron y muchos cuerpos de santos que habían muerto resucitaron. Después que él resucitó salieron de las tumbas, entraron en la Ciudad Santa y se aparecieron a muchos.

El centurión y sus hombres, que custodiaban a Jesús, al ver el terremoto y lo que pasaba dijeron aterrorizados:

—Realmente este era Hijo de Dios.

Había allí muchas mujeres que miraban desde lejos, aquellas que habían seguido a Jesús desde Galilea para atenderle; entre ellas, María Magdalena y María, la madre de Santiago y José, y la madre de los Zebedeos.

O bien

✠ Pasión de Nuestro Señor Jesucristo según san Marcos

15, 1-41

Apenas se hizo de día, los sumos sacerdotes con los ancianos, los letrados y el sanedrín en pleno, prepararon la sentencia; y, atando a Jesús, lo llevaron y lo entregaron a Pilato.

Pilato le preguntó:

—¿Eres tú el rey de los judíos?

El respondió:

—Tú lo dices.

Y los sumos sacerdotes lo acusaban de muchas cosas.

Pilato le preguntó de nuevo:

—¿No contestas nada? Mira de cuántas cosas te acusan.

Jesús no contestó más; de modo que Pilato estaba muy extrañado.

Por la fiesta solía soltarse un preso, el que le pidieran. Estaba en la cárcel un tal Barrabás, con los revoltosos que habían cometido un homicidio en la revuelta. La gente subió y empezó a pedir el indulto de costumbre.

Pilato les contestó:

—¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?

Pues sabía que los sumos sacerdotes se lo habían entregado por envidia.

Pero los sumos sacerdotes soliviantaron a la gente para que pidieran la libertad de Barrabás.

Pilato tomó de nuevo la palabra y les preguntó:

—¿Qué hago con el que llamáis rey de los judíos?

Ellos gritaron de nuevo:

—Crucifícalo.

Pilato les dijo:

—Pues ¿qué mal ha hecho?

Ellos gritaron más fuerte:

—Crucifícalo.

Y Pilato, queriendo dar gusto a la gente, les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran.

Los soldados se lo llevaron al interior del palacio —al pretorio— y reunieron a toda la compañía. Lo vistieron de púrpura, le pusieron una corona de espinas, que habían trenzado, y comenzaron a hacerle el saludo:

—¡Salve, rey de los judíos!

Le golpearon la cabeza con una caña, le escupieron; y, doblando las rodillas, se postraban ante él.

Terminada la burla, le quitaron la púrpura y le pusieron su ropa. Y lo sacaron para crucificarlo. Y a uno que pasaba, de vuelta del campo, a Simón de Cirene, el padre de Alejandro y de Rulo, lo forzaron a llevar la cruz.

Y llevaron a Jesús al Gólgota (que quiere decir lugar de “La Calavera”), y le ofrecieron vino con mirra; pero él no lo aceptó. Lo crucificaron y se repartieron sus ropas, echándolas a suerte, para ver lo que se llevaba cada uno.

Era media mañana cuando lo crucificaron. En el letrero de la acusación estaba escrito: “EL REY DE LOS JUDÍOS”. Crucificaron con él a dos bandidos, uno a su derecha y otro a su izquierda. Así se cumplió la Escritura que dice: “Lo consideraron como un malhechor”.

Los que pasaban lo injuriaban, meneando la cabeza y diciendo:

—¡Anda!, tú que destruías el templo y lo reconstruías en tres días, sálvate a ti mismo bajando de la cruz.

Los sumos sacerdotes, se burlaban también de él diciendo:

—A otros ha salvado y a sí mismo no se puede salvar. Que el Mesías, el rey de Israel, baje ahora de la cruz, para que lo veamos y creamos.

También los que estaban crucificados con él lo insultaban.

Al llegar el mediodía toda la región quedó en tinieblas hasta la media tarde. Y a la media tarde, Jesús clamó con voz potente:

Eloí Eloí, lamá sabactani. (Que significa: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?)

Algunos de los presentes, al oírlo, decían:

—Mira, está llamando a Elías.

Y uno echó a correr y, empapando una esponja en vinagre, la sujetó a una caña, y le daba de beber diciendo:

—Dejad, a ver si viene Elías a bajarlo.

Y Jesús, dando un fuerte grito, expiró.

El velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo.

El centurión, que estaba enfrente, al ver cómo había expirado, dijo:

—Realmente este hombre era Hijo de Dios.

Había también unas mujeres que miraban desde lejos; entre ellas Maria Magdalena, Maria la madre de Santiago el Menor y de José y Salomé, que cuando él estaba en Galilea, lo seguían para atenderlo; y otras muchas que habían subido con él a Jerusalén.

O bien

✠ Pasión de nuestro Señor Jesucristo

según san Lucas

23, 1 49

En aquel tiempo, se levantó toda la asamblea, o sea, sumos sacerdotes y escribas, y llevaron a Jesús a presencia de Pilato.

Y se pusieron a acusarlo, diciendo:

—“Hemos comprobado que éste anda amotinando a nuestra nación, y oponiéndose a que se paguen tributos al César, y diciendo que él es el Mesías rey”.

Pilato preguntó a Jesús:

—“¿Eres tú el rey de los judíos?”

Él le contestó:

—“"Tú lo dices”.

Pilato dijo a los sumos sacerdotes y a la gente:

—“No encuentro ninguna culpa en este hombre”.

Ellos insistían con más fuerza, diciendo:

—“Solivianta al pueblo enseñando por toda Judea, desde Galilea hasta aquí”.

Pilato, al oírlo, preguntó si era galileo; y, al enterarse que era de la jurisdicción de Herodes, se lo remitió. Herodes estaba precisamente en Jerusalén por aquellos días.

Herodes, al ver a Jesús, se puso muy contento; pues hacía bastante tiempo que quería verlo, porque oía hablar de él y esperaba verle hacer algún milagro.

Le hizo un interrogatorio bastante largo; pero él no le contestó ni palabra.

Estaban allí los sumos sacerdotes y los escribas acusándolo con ahínco.

Herodes, con su escolta, lo trató con desprecio y se burló de él; y, poniéndole una vestidura blanca, se lo remitió a Pilato. Aquel mismo día se hicieron amigos Herodes y Pilato, porque antes se llevaban muy mal.

Pilato, convocando a los sumos sacerdotes, a las autoridades y al pueblo, les dijo:

—“Me habéis traído a este hombre, alegando que alborota al pueblo; y resulta que yo lo he interrogado delante de vosotros, y no he encontrado en este hombre ninguna de las culpas que le imputáis; ni Herodes tampoco, porque nos lo ha remitido: ya veis que nada digno de muerte se le ha probado. Así que le daré un escarmiento y lo soltaré”.

Por la fiesta tenía que soltarles a uno. Ellos vociferaron en masa, diciendo:

—Fuera ése! “Suéltanos a Barrabás.”

A éste lo habían metido en la cárcel por una revuelta acaecida en la ciudad y un homicidio.

Pilato volvió a dirigirles la palabra con intención de soltar a Jesús. Pero ellos seguían gritando:

—“¡Crucifícalo, crucifícalo!”

El les dijo por tercera vez:

—Pues, ¿qué mal ha hecho éste? No he encontrado en él ningún delito que merezca la muerte. Así es que le daré un escarmiento y lo soltaré.

Ellos se le echaban encima, pidiendo a gritos que lo crucificara; e iba creciendo el griterío.

Pilato decidió que se cumpliera su petición: soltó al que le pedían (al que había metido en la cárcel por revuelta y homicidio), y a Jesús se lo entregó a su arbitrio.

Mientras lo conducían, echaron mano de un cierto Simón de Cirene, que volvía del campo, y le cargaron la cruz, para que la llevase detrás de Jesús.

Lo seguía un gran gentío del pueblo, y de mujeres que se daban golpes y lanzaban lamentos por él.

Jesús se volvió hacia ellas y les dijo:

—“Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos, porque mirad que llegará el día en que dirán: "Dichosas las estériles y los vientres que no han dado a luz y los pechos que no han criado". Entonces empezaran a decirles a los montes: “Desplomaos sobre nosotros”, y a las colinas: “Sepultadnos”; porque, si así tratan al leño verde, ¿qué pasará con el seco?

Conducían también a otros dos malhechores para ajusticiarlos con él.

Y, cuando llegaron al lugar llamado “La Calavera”, lo crucificaron allí, a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda.

Jesús decía:

—“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”.

Y se repartieron sus ropas, echándolas a suerte.

El pueblo estaba mirando.

Las autoridades le hacían muecas, diciendo:

—“A otros ha salvado; que se salve a si mismo, si él es el Mesías de Dios, el Elegido”.

Se burlaban de él también los soldados, ofreciéndole vinagre y diciendo:

—“Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo”.

Había encima un letrero en escritura griega, latina y hebrea: “Éste es el rey de los judíos”.

Uno de los malhechores crucificados lo insultaba, diciendo:

—“¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros”.

Pero el otro le increpaba:

—“¿Ni siquiera temes tú a Dios, estando en el mismo suplicio? Y lo nuestro es justo, porque recibimos el pago de lo que hicimos; en cambio, éste no ha faltado en nada”.

Y decía:

—“Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino”.

Jesús le respondió:

—“Te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso”.

Era ya eso de mediodía, y vinieron las tinieblas sobre toda la región, hasta la media tarde; porque se oscureció el sol. El velo del templo se rasgó por medio. Y Jesús, clamando con voz potente, dijo:

—“Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu”.

Y, dicho esto, expiró.

El centurión, al ver lo que pasaba, daba gloria a Dios, diciendo:

—“Realmente, este hombre era justo”.

Toda la muchedumbre que había acudido a este espectáculo, habiendo visto lo que ocurría, se volvía dándose golpes de pecho.

Todos sus conocidos se mantenían a distancia, y lo mismo las mujeres que lo habían seguido desde Galilea y que estaban mirando.

HIMNO

A ti se debe la alabanza;
a ti, los himnos;
a ti Dios Padre, la gloria
juntamente con el Hijo y el Espíritu Santo
por toda la eternidad. Amen.

HOMILÍA

Año impar

*Del Comentario sobre el evangelio de san Juan
de san Cirilo de Alejandría, obispo
(Lib. 12; PG 74, 650-654)*

Estamos crucificados con Cristo

“Tomaron a Jesús, y el cargado con la cruz, salio al sitio llamado «de la calavera» (que en hebreo se dice Gólgota), donde lo crucificaron”.

Conducen a la muerte al propio Autor de la vida. Mas su pasión, que aceptaba para nuestra salvación, estaba llamada a tener, por virtud de un designio de la providencia que supera toda nuestra comprensión, un resultado completamente distinto del que imaginaron sus verdugos. En efecto, será como una trampa tendida a la muerte la pasión de Cristo porque la muerte del Señor será el principia y la fuente de la inmortalidad y de una nueva vida.

Entre tanto, él avanza, portando a sus espaldas el madero sobre el que va a ser crucificado, condenado definitivamente a muerte a pesar de su inocencia; y todo por nuestra culpa. Ciertamente tomó sobre sí la pena que la justicia de la ley impone a los culpables, haciéndose por nosotros un “maldito” según estaba escrito: “Maldito el que cuelga de un árbol”. Nosotros ¿éramos los malditos porque no queremos obedecer a las leyes divinas; realmente somos grandes pecadores. Y esta es la causa de que fuese maldito por nosotros aquel que no conoció el pecado, para librarnos de aquella antigua carga. Y

para ello era conveniente que sufriese por todos un hombre que siendo Dios al mismo tiempo, estuviese por encima de todos los demás; así, dando muerte a su cuerpo daría la salvación a todos los hombres.

Por tanto, Cristo lleva la cruz que nos correspondería a nosotros. Fue a la muerte por nosotros para conducirnos a la vida eterna, tras destruir, para siempre, el reino de la muerte. Toma sobre sí la cruz que nos correspondía, cumpliendo en sí la condena que la ley nos impuso a nosotros. Por eso a “los malos se las tapará la boca” porque como se canta en el salmo 106 el que era inocente ha sido sacrificado por los pecados de todos.

Por otra parte, de esta acción de Cristo podemos sacar un motivo de fuerte estímulo para tomar decididamente el camino del bien. Ciertamente, no alcanzaremos la virtud y no nos uniremos a Dios si no antepone su amor a todos los bienes terrenos y no nos proponemos luchar con coraje por la verdad como se nos está llamando a actuar en las actuales circunstancias.

Bien dice Nuestro Señor Jesucristo: “El que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí”. Y tomar la cruz no significa, creo, otra cosa que, renunciar al mundo y posponer por Cristo, si es necesario, la vida del cuerpo a la gloria que esperamos, puesto que él no se avergüenza de llevar la cruz que nos corresponde y de sufrir por nuestro amor.

Los que siguen pues, a Cristo, deben estar crucificados con él; y muriendo a la antigua conducta serán introducidos a una vida nueva según el evangelio. Por eso dijo Pablo: “los que son de Cristo Jesús, han crucificado su carne con sus pasiones y deseos”; y antes, hablando como para sí, dice algo que debe servirnos a todos: “para la ley yo estoy muerto, porque la ley me ha dado la muerte; pero así vivo para Dios. Estoy crucificado con Cristo: vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí”. Y en otro lugar escribe: “Si estáis muertos con Cristo a los elementos del mundo ¿por qué os dejáis “condicionar” como el vivierais todavía en el mundo?” Luego se impone la muerte de todo elemento “mundano” que haya en nosotros si queremos convertirnos y alcanzar la vida en Cristo

℟. Las tinieblas cubrieron la tierra cuando los judíos crucificaron a Jesús. Y cerca de la hora nona, exclamó Jesús en alta voz: Dios mío, ¿por qué me has desamparado? * E inclinando la cabeza, exhaló su espíritu.

℣. Exclamando Jesús con gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. * E inclinando la cabeza.

Año par

*Del comentario sobre el evangelio de san Juan
de san Cirilo de Alejandría, obispo
(Lib. 12; PG 74, 667-670)*

**Cuando Cristo entregó su espíritu en manos de su Padre,
nos abrió la esperanza de la gloria**

Jesús, cuando tomó el vinagre dijo: “Está cumplido”. E Inclinando la cabeza, entregó el espíritu.

Por fin pudo decir: “Está cumplido”. Ha llegado la hora de ir a aquel más allá donde habitan los espíritus para darles también la buena noticia de la salvación, ya que Cristo ha venido para que entren en su reino los vivos y los muertos. Incluso quiso someterse a la misma muerte en comunión con nuestra naturaleza mortal, él, que por su naturaleza, en cuanto Dios, es la misma vida. Y todo lo ha hecho de forma expresa para destronar el poder de los abismos infernales y preparar así el retorno de la humanidad a la vida verdadera, él, “el primero de los que han muerto”, “el primogénito de los que han resucitado de entre los muertos”.

“E inclinando la cabeza”; esto es característico de los que mueren, porque se les va el espíritu que da unidad al cuerpo, y los músculos y los nervios se relajan. Mas la expresión del evangelista no es del todo apropiada, por eso en seguida añade una frase, que por otra parte también se emplea para decir que alguien ha muerto: “entregó su espíritu”.

Mas parece como si, empujado por una particular inspiración el evangelista no dijo simplemente que: “murió”, sino que

dijo: "entrego su espíritu". Es decir: entregó su espíritu en manos de su Padre, según lo había expresado el mismo Cristo a través de la frase del salmista: "Padre a tus manos encomiendo mi espíritu". Y la fuerza y el sentido de estas palabras establecía para nosotros el principio y fundamento de nuestra esperanza de plena felicidad.

En efecto debemos creer que las almas de los santos, al salir del cuerpo no solo se confían a las manos del Padre amantísimo, Dios de bondad y misericordia, sino que, más bien se apresuran a ir al encuentro del Padre de todos, por el camino que nos abrió el Salvador, nuestro Señor Jesucristo.

No hay ni siquiera que imaginar, como lo creen algunos paganos que las almas de los fieles justificados se agiten alrededor de sus tumbas esperando los sacrificios que se ofrecen por los muertos o que sean precipitadas como la de los pecadores en el abismo de los infiernos.

Cristo entregó su espíritu en manos de su Padre para que entendamos que por esa acción se nos ha abierto la esperanza gloriosa de que, después de la muerte de nuestro cuerpo, pasaremos a manos de Dios, a una vida nueva e infinitamente mejor que la mortal. Por eso el Doctor de las gentes escribió que, deseaba la disolución de su cuerpo para estar con Cristo.

RESPONSORIO

Is 57, 1-2a; 53. 7b-8a

R. Perece el justo, y nadie hace caso; se llevan a los hombres fieles, y nadie comprende que por la maldad se llevan al inocente, * Para que entre en la paz.

V. Como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca; sin defensa, sin justicia se lo llevaron. * Para que entre en la paz.

ORACIÓN

Mira, Señor de bondad, a tu familia santa, por la cual Jesucristo, nuestro Señor, aceptó el tormento de la cruz, entregándose a sus propios enemigos. Por nuestro Señor Jesucristo.

V. El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna.

R. Amén.

SÁBADO SANTO DE LA SEPULTURA DEL SEÑOR



INVITATORIO

℣. Señor, ábreme los labios.

℟. Y mi boca proclamará tu alabanza.

Ant.: A Cristo, el Señor, que por nosotros murió
y por nosotros fue sepultado, venid adorémosle.

Salmo 94

Invitación a la alabanza divina

Animaos los unos a los otros, día
tras día, mientras dure este «hoy» (Hb 3, 13)

Venid, aclamemos al Señor,
demos vítores a la Roca que nos salva;
entremos a su presencia dándole gracias,
aclamándolo con cantos.

Se repite la antífona.

Porque el Señor es un Dios grande,
soberano de todos los dioses:
tiene en su mano las simas de la tierra,
son suyas las cumbres de los montes;
suyo es el mar, porque él lo hizo,
la tierra firme que modelaron sus manos.

Se repite la antífona.

Entrad, postrémonos por tierra,
bendiciendo al Señor, creador nuestro.
Porque él es nuestro Dios,
y nosotros su pueblo,
el rebaño que él guía.

Se repite la antífona.

Ojalá escuchéis hoy su voz:
«No endurezcáis el corazón como en Meribá,
como el día de Masá en el desierto;
cuando vuestros padres me pusieron a prueba
y me tentaron, aunque habían visto mis obras.

Se repite la antífona.

Durante cuarenta años
aquella generación me asqueó, y dije:
«“Es un pueblo de corazón extraviado,
que no reconoce mi camino;
por eso he jurado en mi cólera
que no entrarán en mi descanso”».

Se repite la antífona.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Se repite la antífona.



HIMNO

Venid al huerto, perfumes,
enjugad la blanca sábana:
en el tálamo nupcial
el Rey descansa.

Muertos de negros sepulcros,
venid a la tumba santa:
la Vida espera dormida,
la Iglesia aguarda.

Llegad al jardín, creyentes,
tened en silencio el alma:
ya empiezan a ver los Justos
la noche clara.

Oh dolientes de la tierra,
verted aquí vuestras lágrimas;
en la gloria de este cuerpo
serán bañadas.

Salve, cuerpo cobijado
bajo las divinas alas;
salve, casa del Espíritu,
nuestra morada. Amén.

I NOCTURNO

Ant. 1: En paz me duermo y descanso.

Salmo 4

Acción de gracias

El Señor hizo maravillas al resucitar a
Jesucristo de entre los muertos. (San Agustín)

Escúchame cuando te invoco, Dios, defensor mío,
tú que en el aprieto me diste anchura,
ten piedad de mí y escucha mi oración.

Y vosotros, ¿hasta cuándo ultrajaréis mi honor,
amaréis la falsedad y buscaréis el engaño?

Sabedlo: el Señor hizo milagros en mi favor,
y el Señor me escuchará cuando lo invoque.

Temblad y no pequéis,
reflexionad en el silencio de vuestro lecho;

ofreced sacrificios legítimos
y confiad en el Señor.

Hay muchos que dicen: «¿Quién nos hará ver la dicha,
si la luz de tu rostro ha huido de nosotros?»

Pero tú, Señor, has puesto en mi corazón más alegría
que si abundara en trigo y en vino.

En paz me acuesto y en seguida me duermo,
porque tú solo, Señor, me haces vivir tranquilo.

ORACIÓN SÁLMICA

Dios todopoderoso, haz brillar sobre nosotros el resplandor de tu rostro para que, habiendo hallado en nosotros trigo el día de la siega, y abundando en el aceite de la caridad y en el vino de la doctrina apostólica, podamos regocijarnos por siempre en tu mansión eterna. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

O bien

Padre de bondad, que te revelas a los sencillos y te escondes a los sabios: vuelve hacia nosotros la luz de tu rostro, para que llenos de alegría por la ternura de tu amor, descansen tranquilos con la paz en el corazón. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Ant. 1: En paz me duermo y descanso.

Ant. 2: Habitará en tu tienda descansará en tu monte santo.

Salmo 14

¿Quién es digno de estar ante el Señor?

Os habéis acercado al monte de Sión, a la
ciudad del Dios viviente (Hb 12, 22)

Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda
y habitar en tu monte santo?

El que procede honradamente
y practica la justicia,

el que tiene intenciones leales y no calumnia con su lengua,
el que no hace mal a su prójimo
ni difama al vecino,

el que considera despreciable al impío
y honra a los que temen al Señor,

el que no retracta lo que juró aun en daño propio,
el que no presta dinero a usura
ni acepta soborno contra el inocente.
El que así obra nunca fallará.

ORACIÓN SÁLMICA

Concédenos, Señor, llevar una vida honrada e intachable, practicar la justicia y albergar intenciones leales; que no hagamos mal a nuestro prójimo ni difamemos al vecino: así podremos vivir alegres en tu casa y habitar en tu monte santo por los siglos de los siglos. Amén.

O bien

Oh Dios, justicia nuestra: crea en nosotros un corazón recto para que, caminando en la verdad, podamos ser acogidos en tu monte santo. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Ant. 2: Habitará en tu tienda descansará en tu monte santo.

Ant. 3: Mi carne descansa serena.

Salmo 15

El Señor es mi heredad

Dios resucitó a Jesús, librándolo de las angustias de la muerte (Hch 2, 24)

Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti;
yo digo al Señor: «Tú eres mi bien.»

Los dioses y señores de la tierra
no me satisfacen.

Multiplican las estatuas de dioses extraños;
no derramaré sus libaciones con mis manos,
ni tomaré sus nombres en mis labios.

El Señor es el lote de mi heredad y mi copa;
mi suerte está en tu mano:

me ha tocado un lote hermoso,
me encanta mi heredad.

Bendeciré al Señor, que me aconseja,
hasta de noche me instruye internamente.

Tengo siempre presente al Señor,
con él a mi derecha no vacilaré.

Por eso se me alegra el corazón,
se gozan mis entrañas,
y mi carne descansa serena.

Porque no me entregarás a la muerte,
ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción.

Me enseñarás el sendero de la vida,
me saciarás de gozo en tu presencia
de alegría perpetua a tu derecha.

ORACIÓN SÁLMICA

Oh Dios, que no has permitido que tu Hijo querido experimentase la corrupción del sepulcro, sino que lo alzaste a tu presencia y lo sentaste a tu derecha: danos fuerza para esperar la vida que no acaba, pregustarla en la contemplación y gozaría por los siglos de los siglos. Amén.

O bien

Muéstranos, Señor, los secretos senderos de la vida, y cólmanos de las escondidas delicias de tu diestra. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Ant. 3: Mi carne descansa serena.

VERSÍCULO ANTES DE LA LECTURA

℣. Tú, Señor, apiádate de mí.

℟. Haz que pueda levantarme.

PRIMERA LECTURA

De la carta a los Hebreos

4, 1-16

Empeñémonos en entrar en el descanso del Señor

Hermanos: Temamos, no sea que, estando aún en vigor la promesa de entrar en su descanso, alguno de vosotros crea que ha perdido la oportunidad. También nosotros hemos recibido la buena noticia, igual que los que salieron de Egipto por obra de Moisés; pero el mensaje que oyeron de nada les sirvió, porque no se adhirieron por la fe a los que lo habían escuchado.

En efecto, entramos en el descanso los creyentes, de acuerdo con lo dicho: «He jurado en mi cólera que no entrarán en mi descanso», y eso que sus obras estaban terminadas desde la creación del mundo. Acerca del día séptimo se dijo: «Y descansó Dios al día séptimo de todo el trabajo que había hecho.» En nuestro pasaje añade: «No entrarán en mi descanso.»

Ya que, según esto, quedan algunos por entrar en él, y los primeros que recibieron la buena noticia no entraron por su rebeldía, Dios

señala otro día, «hoy», al decir, mucho tiempo después, por boca de David, lo antes citado: «Si escucháis hoy su voz, no endurezcáis el corazón.»

Claro que, si Josué les hubiera dado el descanso, no habría hablado de Dios de otro día después de aquello; por consiguiente, un tiempo de descanso queda todavía para el pueblo de Dios, pues el que entra en su descanso descansa, él también, de sus tareas, como Dios de las suyas. Empeñémonos, por tanto, en entrar en aquel descanso, para que nadie caiga, siguiendo aquel ejemplo de rebeldía.

Además, la palabra de Dios es viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo, penetrante hasta el punto donde se dividen alma y espíritu, coyunturas y tuétanos. Juzga los deseos e intenciones del corazón. No hay criatura que escape a su mirada. Todo está patente y descubierto a los ojos de aquel a quien hemos de rendir cuentas.

Mantengamos la confesión de la fe, ya que tenemos un sumo sacerdote grande, que ha atravesado el cielo, Jesús, Hijo de Dios. No tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino que ha sido probado en todo exactamente como nosotros, menos en el pecado. Por eso, acerquémonos con seguridad al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y encontrar gracia que nos auxilie oportunamente.

RESPONSORIO

Años impares

℟. Se alejó nuestro Pastor, fuente de agua viva, a cuya muerte el sol se oscureció; ya que fue apresado aquel mismo que retenía cautivo al primer hombre. * Hoy nuestro Salvador destruyó las puertas y las cerraduras del imperio de la muerte.

℣. Destruyó ciertamente la cárcel del abismo y arruinó el poder del enemigo. * Hoy nuestro Salvador.

O bien

℟. La sombra me vela los ojos, de tanto llorar, no tengo cerca quien me consuele; pueblos todos, mirad: * ¿Hay dolor como mi dolor?

℣. Vosotros, los que pasáis por el camino, mirad, fijaos: * ¿Hay dolor como mi dolor?

R. Ya me cuentan con los que bajan a la fosa, * Soy como un inválido, tengo mi cama entre los muertos.

V. Me han colocado en lo hondo de la fosa, en las tinieblas del fondo.

* Soy como un inválido.

II NOCTURNO

Ant. 1: Abríos, puertas eternas, y entrará el Rey de la gloria.

Salmo 29

Acción de gracias por la curación de un enfermo en peligro de muerte

Cristo, después de su gloriosa
resurrección, da gracias al Padre
(Casiodoro)

Te ensalzaré, Señor, porque me has librado
no has dejado que mis enemigos se rían de mí.

Señor, Dios mío, a ti grité,
y tú me sanaste.

Señor, sacaste mi vida del abismo,
me hiciste revivir cuando bajaba a la fosa.

Tañed para el Señor, fieles suyos,
dad gracias a su nombre santo;

su cólera dura un instante;
su bondad, de por vida;

al atardecer nos visita el llanto;
por la mañana, el júbilo.

Yo pensaba muy seguro:
«No vacilaré jamás.»

Tu bondad, Señor, me aseguraba
el honor y la fuerza;

pero escondiste tu rostro,
y quedé desconcertado.

A ti, Señor, llamé,
supliqué a mi Dios:

«¿Qué ganas con mi muerte,
con que yo baje a la fosa?

¿Te va a dar gracias el polvo,
o va a proclamar tu lealtad?

Escucha, Señor, y ten piedad de mí;
Señor, socórreme.»

Cambiaste mi luto en danzas,
me desataste el sayal
y me has vestido de fiesta;

te cantará mi alma sin callarse.
Señor, Dios mío, te daré gracias por siempre.

ORACIÓN SÁLMICA

Dios de la noche y de la mañana, del desconcierto y de la confianza, del luto y de la fiesta: en la muerte de tu Hijo la muerte llegó al extremo de la audacia y la vida al extremo de la exaltación; haznos partícipes, en tu bondad, de los misterios que a diario celebramos. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

O bien

Oh Dios, cuya bondad nos acompaña a lo largo de toda la vida: danos humildad en tiempo de prosperidad y valentía en la hora de la prueba; así, a la angustia de las tinieblas terrenas, seguirá tu gozo en un día sin ocaso. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Ant. 1: Abríos, puertas eternas, y entrará el Rey de la gloria.

Ant. 2: Señor sacaste mi vida del abismo.

Salmo 71

Poder real del Mesías

Abriendo sus cofres, le ofrecieron dones:
oro, incienso y mirra (Mt 2, 11)

Dios mío, confía tu juicio al rey,
tu justicia al hijo de reyes:

para que rija a tu pueblo con justicia,
a tus humildes con rectitud.

Que los montes traigan paz y los collados justicia;
que él defienda a los humildes del pueblo,
socorra a los hijos del pobre y quebrante al explotador.

Que dure tanto como el sol,
como la luna, de edad en edad;

que baje como lluvia sobre el césped,
como llovizna que empapa la tierra.

Que en sus días florezca la justicia
y la paz hasta que falte la luna;

que domine de mar a mar,
del Gran Río al confín de la tierra.

Que en su presencia se inclinen sus rivales,
que sus enemigos muerdan el polvo:
que los reyes de Tarsis y de las islas le paguen tributo.

Que los reyes de Saba y de Arabia le ofrezcan sus dones;
que se postren ante él todos los reyes,
y que todos los pueblos le sirvan;

porque él libraré al pobre que clamaba,
al afligido que no tenía protector;

él se apiadará del pobre y del indigente,
y salvará la vida de los pobres;

él rescatará sus vidas de la violencia,
su sangre será preciosa a sus ojos.

Que viva y que le traigan el oro de Saba:
que recen por él continuamente y lo bendigan todo el día.

Que haya trigo abundante en los campos,
y susurre en lo alto de los montes;

que den fruto como el Líbano,
y broten las espigas como hierba del campo.

Que su nombre sea eterno,
y su fama dure como el sol;

que él sea la bendición de todos los pueblos,
y lo proclamen dichoso todas las razas de la tierra.

Bendito sea el Señor, Dios de Israel,
el único que hace maravillas;

bendito por siempre su nombre glorioso,
que su gloria llene la tierra. Amén, amén!

ORACIÓN SÁLMICA

No desprecies, Señor, la vida de tus pobres: que Cristo Jesús nos proteja, y domine en la tierra de mar a mar. Que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

O bien

Oh Emmanuel, rey de paz y de justicia: libra al hombre de la tentación de la violencia y de la opresión, a fin de que, acogiendo la buena nueva, todos los pueblos recuperen la dignidad de hijos de Dios. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Ant. 2: Señor sacaste mi vida del abismo.

Ant. 3: En mi angustia te busco, Señor mío, extendiendo mis manos sin descanso.

Salmo 76

Dios renueva los prodigios de su amor

Estamos atribulados por todas partes,
pero no abatidos (2Co 4,8).

Alzo mi voz a Dios gritando,
alzo mi voz a Dios para que me oiga.

En mi angustia te busco, Señor mío;
de noche extendiendo las manos sin descanso,
y mi alma rehúsa el consuelo.

Cuando me acuerdo de Dios, gimo,
y meditando me siento desfallecer.

Sujetas los párpados de mis ojos,
y la agitación no me deja hablar.

Repaso los días antiguos,
recuerdo los años remotos;

de noche lo pienso en mis adentros,
y meditándolo me pregunto:

«¿Es que el Señor nos rechaza para siempre
y ya no volverá a favorecernos?

¿Se ha agotado ya su misericordia,
se ha terminado para siempre su promesa?

¿Es que Dios se ha olvidado de su bondad,
o la cólera cierra sus entrañas?»

Y me digo: «¡Qué pena la mía!
¡Se ha cambiado la diestra del Altísimo!»

Recuerdo las proezas del Señor;
sí, recuerdo tus antiguos portentos,
medito todas tus obras y considero tus hazañas.

Dios mío, tus caminos son santos:
¿qué dios es grande como nuestro Dios?

Tú, oh Dios, haciendo maravillas,
mostraste tu poder a los pueblos;

con tu brazo rescataste a tu pueblo,
a los hijos de Jacob y de José.

Te vio el mar, oh Dios,
te vio el mar y tembló,
las olas se estremecieron.

Las nubes descargaban sus aguas,
retumbaban los nubarrones,
tus saetas zigzagueaban;

rodaba el estruendo de tu trueno,
los relámpagos deslumbraban el orbe,
la tierra retembló estremecida.

Tú te abriste camino por las aguas,
un vado por las aguas caudalosas,
y no quedaba rastro de tus huellas;

mientras guiabas a tu pueblo como a un rebaño,
por la mano de Moisés y de Aarón.

ORACIÓN SÁLMICA

Dios de nuestros padres: tus caminos son santos, aunque desconcertantes; escucha misericordioso nuestros clamores, aun cuando, exhaustos por la angustia, estemos a veces tentados a dudar de tu amor. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

O bien

En la angustia alzamos nuestra voz a ti gritando, Señor: renueva los prodigios de otros tiempos y no te olvides de tu familia que reconoce la santidad de tus designios. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Ant. 3: En mi angustia te busco, Señor mío, extendiendo mis manos sin descanso.

VERSÍCULO ANTES DE LA LECTURA

℣. No me entregarás a la muerte.

℟. Ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción.

SEGUNDA LECTURA

Años impares

De una antigua homilía sobre el santo y grandioso Sábado
(PG 43, 439. 451. 462-463)

El descenso del Señor a la región de los muertos

¿Qué es lo que hoy pasa? Un gran silencio se cierne hoy sobre la tierra; un gran silencio y una gran soledad. Un gran silencio, porque el Rey está durmiendo. La tierra está temerosa y no se atreve a moverse, porque el Dios hecho hombre se ha dormido y ha despertado a los que dormían desde hace siglos. El Dios hecho hombre ha muerto y ha puesto en movimiento a la región de los muertos.

En primer lugar, va a buscar a nuestro primer padre, como a la oveja perdida. Quiere visitar a *los que viven en tinieblas y en sombra de muerte*; Dios y su Hijo van a liberar de los dolores de la muerte a Adán, que está cautivo, y a Eva, que está cautiva con él.

El Señor hace su entrada donde están ellos, llevando en sus manos el arma victoriosa de la cruz. Al verlo, Adán, nuestro primer padre, golpeándose el pecho de estupor, exclama, dirigiéndose a todos: «Mi Señor está con todos vosotros.» Y responde Cristo a Adán: «Y con tu espíritu.» Y, tomándolo de la mano, lo levanta, diciéndole: «*Despierta, tú que duermes, levántate de entre los muertos, y Cristo será tu luz.*»

Yo soy tu Dios, que por ti me hice hijo tuyo, por ti y por todos estos que habían de nacer de ti, digo, ahora, y ordeno a todos los que estaban en cadenas: “Salid”, y a los que estaban en tinieblas: “Sed iluminados”, y a los que estaban adormilados: “Levantaos”.

Yo te lo mando: *Despierta, tú que duermes*; porque yo no te he creado para que estuvieras preso en la región de los muertos. *Levántate de entre los muertos*; yo soy la vida de los que han muerto. Levántate, obra de mis manos; levántate, mi efigie, tú que has sido creado a imagen mía. Levántate, salgamos de aquí; porque tú en mí y yo en ti somos una sola cosa.

Por ti, yo, tu Dios, me he hecho hijo tuyo; por ti, siendo Señor, asumí tu misma apariencia de esclavo; por ti, yo, que estoy por encima de los cielos, vine a la tierra, y aun bajo tierra; por ti, hombre, vine a ser *semejante a un inválido que tiene su cama entre los muertos*; por ti, que fuiste expulsado del huerto paradisíaco, fui entregado a los judíos en un huerto y sepultado en un huerto.

Mira los salivazos de mi rostro, que recibí, por ti, para restituirte el primitivo aliento de vida que inspiré en tu rostro. Mira las bofetadas de mis mejillas, que soporté para reformar a imagen mía tu aspecto deteriorado. Mira los azotes de mi espalda, que, recibí para quitarte de la espalda el peso de tus pecados. Mira mis manos, fuertemente sujetas con clavos en el árbol de la cruz, por ti, que en otro tiempo extendiste funestamente una de tus manos hacia el árbol prohibido.

Me dormí en la cruz, y la lanza penetró en mi costado, por ti de cuyo costado salió Eva, mientras dormía allá en el paraíso. Mi costado ha curado el dolor del tuyo. Mi sueño te sacará del sueño de la muerte. Mi lanza ha reprimido la espada de fuego que se alzaba contra ti.

Levántate, vayámonos de aquí. El enemigo te hizo salir del paraíso; yo, en cambio, te coloco no ya en el paraíso, sino en el trono celestial. Te prohibí comer del simbólico árbol de la vida; mas he aquí que yo, que soy la vida, estoy unido a ti. Puse a los ángeles a tu servicio, para que te guardaran; ahora hago que te adoren en calidad de Dios.

Tienes preparado un trono de querubines, están dispuestos los mensajeros, construido el tálamo, preparado el banquete, adornados los eternos tabernáculos y mansiones, a tu disposición el tesoro de todos los bienes, y preparado desde toda la eternidad el reino de los cielos.»

R. Ya me cuentan con los que bajan a la fosa, * Soy como un inválido, tengo mi cama entre los muertos.

V. Me han colocado en lo hondo de la fosa, en las tinieblas del fondo.

* Soy como un inválido.

Años pares

De una antigua homilía sobre el santo y grandioso Sábado

(PG 43, 454-455. 458)

Venció a la muerte y a su tiranía

Cristo Dios pensó que no era equitativo que se beneficiaran de su misericordia únicamente sus contemporáneos y los que vendrían después, sino que habían de hacerlo también aquellos que antes de su venida estaban retenidos en la región de los muertos y yacían sumergidos en las tinieblas y en las sombras de la muerte. En consecuencia, el Verbo divino, a los hombres que aún vivían en la carne, los visitó por medio de su carne animada, pero, a las almas liberadas del cuerpo, se les apareció en la región de los muertos por medio de su alma divina y purísima, separada del cuerpo pero no de la divinidad. Apresurémonos, pues, y vayamos con el pensamiento a la región de los muertos, para ver allí cómo finalmente vence, con su gran fuerza, al vigoroso y poderoso tirano, y cómo, junto con todo el pueblo puesto como un ejército en orden de batalla, fulmina y somete sin armas a aquellas inmortales tropas dispuestas en hileras: cuando sin necesidad de puertas hace desaparecer las puertas, y con el madero de la cruz Cristo, que es la puerta, rompe unas puertas que no son de madera, y con sus divinos clavos destroza y quiebra las puertas eternas; cuando con las ataduras de sus manos divinas disuelve como cera las cadenas indisolubles. También, con la lanza de su divino costado, él, desprovisto de la carne, perforó el corazón del tirano. Allí quebró la fuerza de los arcos, cuando en la cruz, como en un arco, extendió las cuerdas de sus divinas manos. Por lo cual, si en silencio sigues a Cristo, pronto verás dónde ha ligado al tirano y dónde ha colgado su cabeza; cómo ha abierto la cárcel; cómo ha hecho salir a los que estaban encarcelados, de qué manera ha pisoteado a la serpiente y dónde ha colgado su cabeza; cómo ha declarado libre a Adán; como ha hecho levantar a Eva; de qué modo ha derribado el muro de separación; cómo ha condenado al cruel

dragón; cómo ha extendido sus trofeos invictos; dónde ha hecho morir a la muerte con su propia muerte, y de qué manera ha hecho que se corrompiera la corrupción y ha restituido al hombre a su dignidad original.

Ayer, de conformidad con el plan divino, rehusaba las legiones de ángeles y decía a Pedro: *¿Piensas tú que no puedo disponer enseguida de más de doce legiones de ángeles?* Hoy, en cambio, baja a la región de los muertos de una manera propia de Dios, y con una actitud batalladora y en calidad de Señor, y vence a la muerte y a aquel que tiraniza a través de la muerte. Lo acompañan, no doce legiones inmortales de unos ejércitos incorpóreos y de un séquito invisible, sino miles de millones y miríadas de miríadas de los ejércitos celestiales de ángeles, arcángeles, Potestades, Tronos, sin trono, dotados de seis alas, carentes de alas, los que tienen muchos ojos y los que no tienen ninguno. Lo acompañan como a su propio rey y Señor, en solemne comitiva y multitudinario séquito, tributando a Cristo el honor que le es debido; no como ayudantes, ni pensarlo. ¿Para qué necesita su ayuda Cristo omnipotente? Hacen lo que constituye por igual su deber y su placer, asistir continuamente a Cristo, su Dios, como escuderos de su séquito, cubiertos con pesada armadura, y como ilustres mensajeros divinos de aquel que empuña el cetro, anticipándose mutuamente, con la máxima diligencia y con celeridad divina, a la menor seña del cetro del rey y Señor, cumpliendo al instante sus órdenes, y coronados con la victoria sobre las formaciones de los enemigos malignos. Por esto descendían ellos también, corriendo en tropel junto con su Dios y Señor hacia las profundidades de la tierra, las profundidades más hondas, donde los muertos han tenido siempre su mansión tenebrosa, cuando Cristo, con su poder, hacía salir a los que estaban encadenados desde siglos. Así pues, cuando la resplandeciente llegada del Señor, junto con el pueblo santo, llenó las cárceles, habitáculos, escondrijos y cavernas, cerrados por todas partes, privados de toda luz solar y sumergidos en las tinieblas sempiternas de las profundidades, se avanzó a todos Gabriel, capitán de todo el ejército, en cuanto que acostumbrado a llevar a los hombres mensajes venturosos y alegres y, con voz potente y terrible, cual conviene al orden de los arcángeles y al de los jefes del ejército, hizo retumbar contra los poderes adversos una orden perentoria: *¡Portones!, alzad los dinteles*. Se le une la voz de Miguel, que grita. *Que se abran las antiguas compuertas*. Luego las Virtudes angélicas dicen: «Apartaos, porteros deleznales»; a continuación las Potestades, con gran fuerza y poder: «Desmenuzaos, cadenas

indisolubles»; y otro: «Llenaos de vergüenza y de confusión, enemigos hostiles»; y otro: «Temed, malvados tiranos.»

RESPONSORIO

R. Se alejó nuestro Pastor, fuente de agua viva, a cuya muerte el sol se oscureció; ya que fue apresado aquel mismo que retenía cautivo al primer hombre. * Hoy nuestro Salvador destruyó las puertas y las cerraduras del imperio de la muerte.

V. Destruyó ciertamente la cárcel del abismo y arruinó el poder del enemigo. * Hoy nuestro Salvador.

III NOCTURNO

Ant.: En mi aflicción, clamé al Señor desde el vientre del abismo, y me atendió.

Cántico I

Lm 3, 25-29

El Señor es bueno para los que en él esperan
y lo buscan;
es bueno esperar en silencio
la salvación del Señor;
le irá bien al hombre
si carga con el yugo desde joven.

Que se esté, solo y callado
cuando la desgracia descarga sobre él;
que pegue la boca al polvo,
quizá quede esperanza;
que entregue la mejilla al que lo hiere
y se sacie de oprobios.

Porque el Señor no rechaza para siempre;
aunque aflige,
se compadece con gran misericordia,
porque no goza afligiendo
o apenando a los hombres.

Aplastar bajo los pies
a todos los prisioneros de la tierra,
negar su derecho al pobre,
en presencia del Altísimo,
defraudar a alguien en un proceso:
eso no lo aprueba el Señor.

¿Quién mandó que sucediera
si no fue el Señor?,
¿no es el Señor quien dispone
que suceda el bien y el mal?;
¿por qué se ha de quejar de su desgracia
el hombre mientras vive?

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Cántico II

Lm 3, 40-42. 49-60

Examinemos y revisemos nuestra conducta
y volvamos al Señor,
levantemos con las manos
el corazón al Dios del cielo;
nosotros nos hemos rebelado pecando,
y tú no nos has perdonado.

Mis ojos se diluyen
sin cesar y sin descanso,
hasta que el Señor desde el cielo
se asome y me vea;
me duelen los ojos de llorar
por las jóvenes de la ciudad.

Los que me odian sin razón
me han dado caza, como a un pájaro;
me han echado vivo al pozo
y me han arrojado piedras;
se cierran las aguas sobre mi cabeza,
y pienso: «Estoy perdido. »

Invoqué tu nombre, Señor,
de lo hondo de la fosa:
oye mi voz, no cierres el oído
a mis gritos de auxilio;

tú te acercaste cuando te llamé
y me dijiste: «No temas.»
Te encargaste de defender mi causa
y de salvar mi vida,

has visto que padezco injusticia,
juzga mi causa;
has visto la venganza
que traman contra mí.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Cántico III

Lm 5, 1-7. 13-21

Recuerda, Señor, lo que nos ha pasado;
mira y fíjate en nuestras afrentas.
Nuestra heredad ha pasado a los bárbaros;
nuestras casas, a extranjeros.

Hemos quedado huérfanos de padre,
y nuestras madres han quedado viudas.
Tenemos que comprar el agua que bebemos
y pagar la leña que nos llevamos.

Nos empujan con un yugo al cuello,
nos fatigan sin darnos descanso.
Hemos pactado con Egipto y Asiria
para saciarnos de pan.

Nuestros padres pecaron, y ya no viven,
y nosotros cargamos con sus culpas.
Forzaron a los jóvenes a mover el molino,
y los muchachos sucumbían bajo cargas de leña.

Los ancianos ya no se sientan a la puerta,
los jóvenes ya no cantan;
ha cesado el gozo del corazón,

las danzas se han vuelto duelo;
se nos ha caído la corona de la cabeza:

¡Ay de nosotros, que hemos pecado!
Por eso, está, enfermo nuestro corazón
y se nos nublan los ojos,
porque el monte Sión está desolado
y los zorros se pasean por él.

Pero tú, Señor, eres rey por siempre;
tu trono dura de edad en edad.
¿Por qué te olvidas siempre de nosotros
y nos tienes abandonados por tanto tiempo?

Señor, tráenos hacia ti para que volvamos,
renueva los tiempos pasados.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant.: En mi aflicción, clamé al Señor desde el vientre del abismo, y me atendió.

℣. Su tabernáculo está en Jerusalén
℟. Su morada en Sión

EVANGELIO

Se proclama el evangelio de la sepultura del Señor según uno de los evangelistas que no sea el que se haya leído ese mismo año el Domingo de Ramos.

✠ Lectura del santo evangelio según san Mateo

27, 57-66

Al anochecer llegó un hombre rico de Arimatea, llamado José, que era también discípulo de Jesús. Este acudió a Pilato a pedirle el cuerpo de Jesús. Y Pilato mandó que se lo entregaran. José, tomando el cuerpo de Jesús, lo envolvió en una sábana limpia, lo puso en el sepulcro nuevo que se había excavado en una roca, rodó una piedra grande a la entrada del sepulcro y se marchó.

María Magdalena y la otra María se quedaron allí sentadas enfrente del sepulcro.

A la mañana siguiente, pasado el día de la Preparación, acudieron en grupo los sumos sacerdotes y los fariseos a Pilato y le dijeron:

—Señor, nos hemos acordado que aquel impostor estando en vida anunció: “A los tres días resucitaré.” Por eso da orden de que vigilen el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vayan sus discípulos, se lleven el cuerpo y digan al pueblo: “Ha resucitado de entre los muertos.” La última impostura sería peor que la primera.

Pilato contestó:

—Ahí tenéis la guardia: id vosotros y asegurad la vigilancia como sabéis.

Ellos fueron, sellaron la piedra y con la guardia aseguraron la vigilancia del sepulcro.

O bien

✠ Lectura del santo evangelio según san Marcos

15, 42-47

Al anochecer, como era el día de la Preparación, víspera del sábado, vino José de Arimatea, noble magistrado, que también aguardaba el Reino de Dios; se presentó decidido ante Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús.

Pilato se extrañó de que hubiera muerto ya; y, llamando al centurión, le preguntó si hacía mucho tiempo que había muerto.

Informado por el centurión, concedió el cadáver a José. Este compró una sábana y, bajando a Jesús, lo envolvió en la sábana y lo puso en un sepulcro, excavado en una roca, y rodó una piedra a la entrada del sepulcro.

Maria Magdalena y Maria, la madre de José, observaban dónde lo ponían.

O bien

✠ Lectura del santo evangelio según san Lucas

23, 50-56

En aquel tiempo, un hombre llamado José, que era senador, hombre bueno y honrado (que no había votado a favor de la decisión y del crimen de ellos), que era natural de Arimatea, pueblo de Judea, y que aguardaba el reino de Dios, acudió a Pilato a pedirle el cuerpo de Jesús. Y, bajándolo, lo envolvió en una sábana y lo colocó en un sepulcro excavado en la roca, donde no habían puesto a nadie todavía.

Era el día de la Preparación y rayaba el sábado. Las mujeres que lo habían acompañado desde Galilea fueron detrás a examinar el

sepulcro y cómo colocaban su cuerpo. A la vuelta, prepararon aromas y ungüentos. Y el sábado guardaron reposo, conforme al mandamiento.

HIMNO

A ti se debe la alabanza;
a ti, los himnos;
a ti Dios Padre, la gloria
juntamente con el Hijo y el Espíritu Santo
por toda la eternidad. Amen.

HOMILÍA

Año impar

*Del Comentario a la carta a los Romanos
de Orígenes, presbítero.
(Lib. 5, 10; PG 14, 1048-1049)*

La muerte de Cristo y de los cristianos

Cuando el Apóstol dice: “por el bautismo fuimos sepultados con Cristo en la muerte, y estamos unidos a él en una muerte como la suya”, quiere demostrarnos con esas palabras que, hemos muerto con Cristo al pecado, una vez que él murió por nuestras culpas según la Escritura. Por eso en virtud de su muerte otorgó a todo creyente, como premio a su fe, el morir a su propio pecado. A cuantos, pues, están por la fe muertas, crucificados y consepultados con Cristo, su pecado está como en los muertos, aniquilado, ya no puede actuar más; por eso se dice que están muertos al pecado.

El Apóstol por tanto afirma: “si morimos con él, viviremos con él”. Fijémonos que no dice “vivimos” como se correspondería con “si morimos” sino “viviremos”, para hacernos comprender que la muerte actúa en el presente, mientras que la “vida” es cosa del futuro, “cuando Cristo se manifestara”, el cual es “nuestra vida escondida en Dios”. Por tanto, como nos enseña el Apóstol ahora es cuando “la muerte está actuando en nosotros”.

Mas la misma muerte que actúa en nosotros me parece que presenta algunas particularidades especiales. En efecto en Cristo se dieron como tres momentos distintos de muerte. Uno fue el momento

mismo en que murió, cuando Jesús “dio un grito fuerte y exhaló el espíritu”. El otro fue cuando fue colocado en un sepulcro sellado. Y finalmente el tercero es, cuando al ser buscado en su tumba no fue hallado por que había ya resucitado y a nadie fue dado verlo en los primeros instantes de su gloriosa resurrección.

Así también en nosotros, los que creemos en él, nos ha sido dado experimentar este triple género de muerte. En primer lugar debemos mostrar en nosotros la muerte de Cristo con la profesión de fe: “por la fe del corazón llegamos a la justicia y por la profesión de los labios, a la salvación”. En segundo lugar, con la mortificación del cuerpo, porque ahora llevamos siempre en nosotros la muerte de Jesús, y esto es lo que significan las palabras de Pablo: “en nosotros está actuando la muerte”. En tercer lugar, cuando, una vez resucitados de entre los muertos caminemos en “una vida nueva”.

Y para explicarla con mayor claridad y brevedad, digamos que el primer momento de la muerte consiste en renunciar al mundo; el segundo en haber renunciado incluso a las pasiones de la carne y el tercero es poseer en plenitud de perfección la luz de la sabiduría, lo cual se realizará en la resurrección. Mas estos diversos aspectos que se pueden encontrar en todos los creyentes según diversos grados de perfección solo pueden ser discernidos por aquellos que tienen el carisma del discernimiento de espíritus.

Pero Cristo, espontáneamente “se despojo de su rango y tomó la condición de esclavo” soportando la fuerza del tirano y “rebajándose hasta someterse incluso a la muerte”. Mas con su sacrificio derrota al autor de la muerte, es decir al diablo, liberando así a todos aquellos que eran sus esclavos. En efecto, después de haber encadenado al demonio y triunfado con su cruz, lo encerró en su propia casa, el reino de la muerte y de los infiernos, saqueando sus bienes, es decir, liberando las almas que tenía prisioneras. Se cumplió así aquellas misteriosas palabras dichas por Cristo en el mismo evangelio: “nadie puede meterse en casa de un hombre forzado para arramblar con su ajuar, si primero no lo ata”. Primero, pues, lo ató a su cruz, entró después en su casa, el infierno, y “se subió a lo alto llevando cautivos” que es lo mismo que decir que todos los que con él resucitaron, entrarán en la ciudad santa, la Jerusalén celestial en la que, como justamente dice el Apóstol “la muerte ya no tiene dominio”.

R. Pueblo mío, llora cual doncella; lamentaos, pastores, en ceniza y cilicio. * Porque ya llega el día grande y tremendo del Señor.

V. Sacerdotes, ceñíos y llorad; ministros del Altísimo, cubríos de ceniza. * Porque ya llega.

Año par

De los sermones de san León Magno, papa

(Sermón 70 de la Pasión del Señor. Homilía 19 - 3 - 5; 13BA, 428-432)

**Si sufrimos con Cristo,
también con él seremos glorificados**

Por Cristo nos vino un don singular, que en la naturaleza pasible no permaneciese la condición de la muerte, que había recibido la esencia impasible, y por la que no podía morir, pudiese ser resucitado lo que estaba muerto.

Es necesario, amadísimos, para adherirnos inseparablemente a este misterio, hacer los mayores esfuerzos del alma y del cuerpo; porque si es malo permanecer ajeno a la solemnidad Pascual, es aún peor asociarse a la comunidad de los fieles sin haber participado antes en los sufrimientos de Cristo. .

Cuando el apóstol Pablo dice: “si perseveramos, reinaremos con él”, está expresando claramente esto: no ama verdaderamente a Cristo sufriente, muerto y resucitado, sino aquel que sufre, muere y resucita con él.

Este misterio comenzó en los hijos de la Iglesia con su bautismo, en el cual la muerte del pecado es vida del que renace, y la triple inmersión, figura de los tres días de la muerte del Señor. Se vió, por decirlo así, entreabrirse la tumba y salir revestidos de nueva juventud a los que habían descendidos viejos a la fuente bautismal. Mas conviene que responda la vida a la significación del sacramento y que todos los nacidos del Espíritu Santo no pretendan eximirse mientras vivan en este cuerpo, de cargar la cruz sobre los hombros.

Por eso cuando el bautizado se da cuenta que sobrepasa los límites de la disciplina eclesiástica-cristiana y que sus deseos van hacia lo que le haría desviar del camino recto, que recurra a la cruz del Señor y clave en el árbol de la vida los movimientos de la voluntad malvada y, tomando las palabras del salmista clame al Señor: “mi carne se estremece con tu temor y respeto tus mandamientos”.

¿Qué es tener la carne estremecida por el temor sino sentir un saludable aviso para guardar los sentidos de los atractivos de los deseos ilícitos por el temor de los juicios divinos? El que resiste al pecado y hace morir sus concupiscencias para no hacer nada que merezca la muerte se atreverá a decir con el Apóstol: “Dios me libre de gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, en la cual el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo”. Fije su morada el cristiano allí donde Cristo ha sido levantado con él, dirija todos sus pasos hacia el lugar donde se obró la salvación del mundo. La pasión de Cristo durará hasta el fin del mundo. Y así como él es honrado y amado en sus santos y alimentado y vestido en la persona de los pobres, así también El es quien padece en los que sufren persecución por la justicia. No vayamos a creer que, extendida la fe por todo el mundo y disminuido el número de los impíos, hayan terminado las persecuciones y batallas emprendidas en otro tiempo contra los santos y mártires, como sí solo a estos les incumbiese la obligación de llevar la cruz.

Por eso, las almas sabias que han aprendido no temer más que al Señor, a no amar más que a él, a no esperar más que en él, mortifican sus concupiscencias y crucifican sus sentidos, y no se rebajan nunca a temer a sus enemigos o rendirles ningún homenaje. Llegan hasta preferir la voluntad de Dios a sí mismas, y tanto más se aman cuanto más dejan de amarse por amor de Dios.

Ciertamente, amadísimos, debemos ser miembros de Cristo si queremos celebrar dignamente la Pascua. Entonces nada faltará a la victoria que nos ha reportado nuestra Cabeza con su pasión.

RESPONSORIO

Ap 5, 9. 10

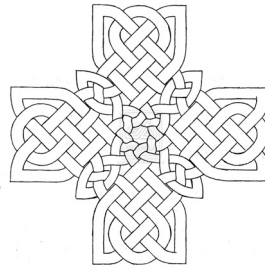
R. Eres digno, Señor, de tomar el libro y abrir sus sellos, porque fuiste degollado * Y con tu sangre nos compraste para Dios. Aleluya.
V. Porque has hecho de nosotros un reino de sacerdotes para nuestro Dios. * Y con tu sangre.

ORACIÓN

Señor todopoderoso, cuyo Unigénito descendió al lugar de los muertos y salió victorioso del sepulcro, te pedimos que concedas a todos tus fieles, sepultados con Cristo por el bautismo, resucitar también con él a la vida eterna. Por nuestro Señor Jesucristo.

℣. El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna.

℟. Amén.



Nota previa	3
Abreviaturas y siglas	5
Viernes Santo	9
Sábado Santo	45

LAUS DEO

